

QUE NO HAYA SIDO EN VANO

GUÍA DE PREGUNTAS
PARA CONSTRUIR
OTRO MUNDO POSIBLE
TRAS EL COVID-19

30 voces
115 preguntas
La Imprenta 2020



QUE NO HAYA SIDO EN VANO

Guía de preguntas para construir
otro mundo posible tras el COVID-19

Textos de: Chema Vera, Eloy Sanz, Irene Rubiera, Pepa Moleón, Sani Ladan , Moha Gerehou , Lucía Mbomio, Genoveva López, Arturo Angulo, Paz Serra Portilla, Eugenio García-Calderón, Rodrigo Irurzun, Maite Pozo, Eva Iráizoz, Elena Marbán, Sergio Calleja, Alma Guerra, Paloma Linés, Violeta Assiego, Daniel García, María Villarta, Javier Pérez, Belén Agüero, Pablo Martín, Irene Martín, Jesús A. Núñez Villaverde, Miguel Ángel Vázquez, Arturo Warleta y Paloma Rosado

Coordinación de la edición: Miguel Ángel Vázquez

Ilustración de portada y contraportada: Miguel Brieva

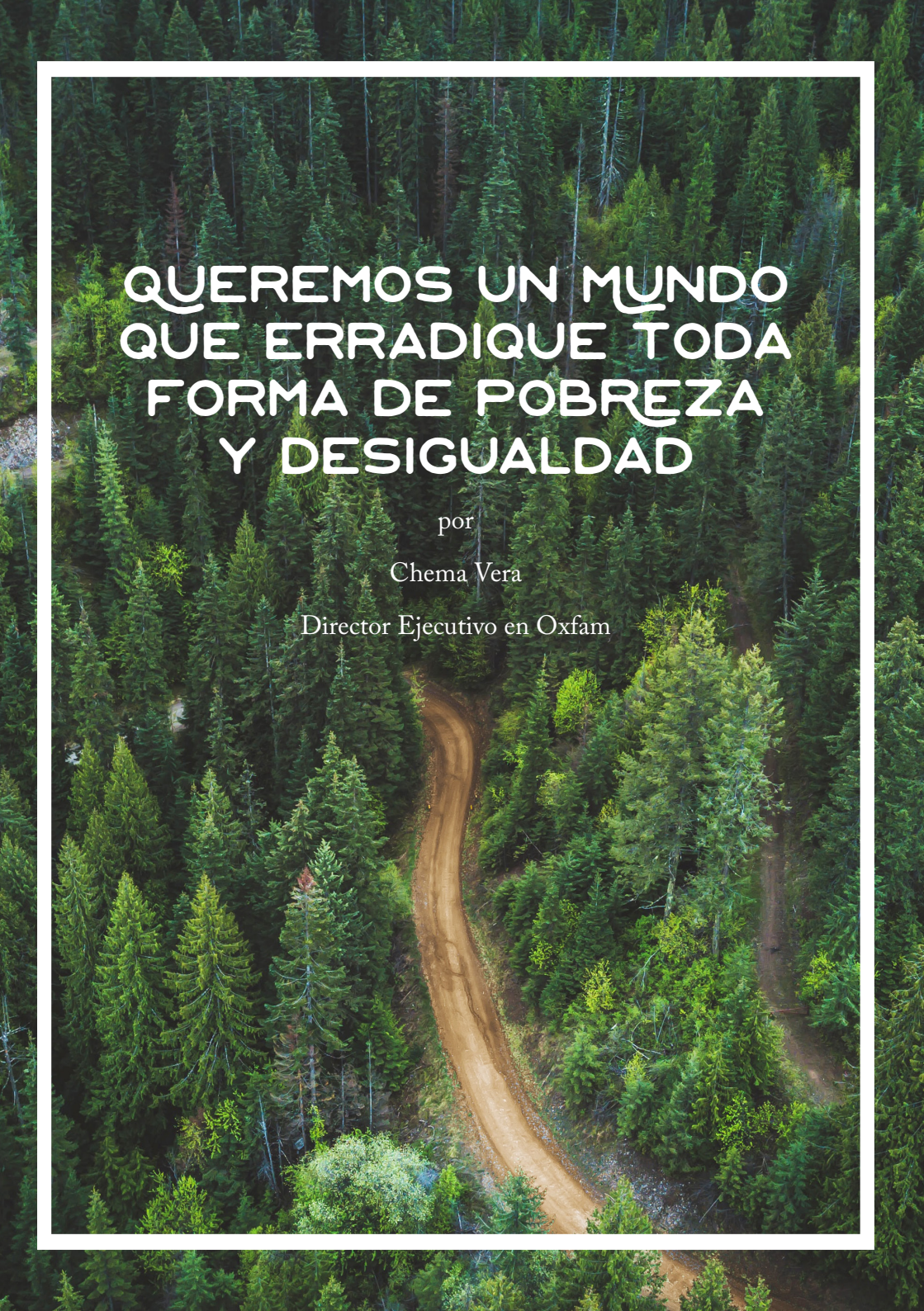
Foto portadilla: Andy Feliciotti

1ª edición: mayo de 2020

©️©️©️ 2020, La Imprenta

INDICE

- 1.- Pobreza y Desigualdad (Chema Vera)
- 2.- Emergencia Climática (Eloy Sanz / Irene Rubiera)
- 3.- Feminismo (Pepa Moleón)
- 4.- Personas Migrantes (Sani Ladan)
- 5.- Racismo (Lucía Mbomio / Moha Gerehou)
- 6.- Economía (Genoveva López)
- 7.- Sistemas Alimentarios (Arturo Angulo)
- 8.- Tecnología y IV Revolución Industrial (Paz Serra Portilla)
- 9.- Nuevo Modelo Energético (E.García-Calderón / R.Irurzun)
- 10.- Empleo Digno
- 11.- Salud Global (Eva Iráizoz / Elena Marbán)
- 12.- Educación (Sergio Calleja)
- 13.- Cultura (Alma Guerra / Paloma Linés)
- 14.- Derechos Humanos (Violeta Assiego)
- 15.- Exclusión (Daniel García / María Villarta)
- 16.- Democracia Real (CIECODE – Political Watch)
- 17.- Relaciones Internacionales (Jesús A. Núñez Villaverde)
- 18.- Fraternidad Global (M. Á.Vázquez / P. Rosado / A. Warleta)

An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A wide, winding dirt road or path cuts through the center of the forest, curving from the bottom left towards the top right. The trees are tall and closely packed, with varying shades of green. The overall scene is captured from a high angle, looking down on the forest canopy.

QUEREMOS UN MUNDO QUE ERRADIQUE TODA FORMA DE POBREZA Y DESIGUALDAD

por

Chema Vera

Director Ejecutivo en Oxfam

Antes de la pandemia:

Una década es el retroceso que la crisis del COVID19 puede suponer en la lucha contra la pobreza.

Diez años son muchos años, muchos, de esfuerzos de la comunidad internacional, de agencias, gobiernos y ONGs, con mayor o menor acierto, empeñados en acabar con ese monstruo que es la pobreza en un mundo de abundancia. Y, sobre todo, son muchos años para las personas, las familias y comunidades que han luchado por salir adelante, en su tierra, con su pequeño negocio, resistiendo frente a conflictos y desastres climáticos, frente a la explotación y la opresión, encontrando la esperanza en su voz y sus fuerzas.

Se han dado avances, claro que sí. Previo al huracán del Coronavirus un 10 % de la población mundial vivía bajo el umbral de la miseria, 1.9 \$ día. Una caída muy significativa desde el 36% de la población que tenía ese ingreso como máximo diario en 1990. Ocurrió en todas las regiones, aunque con más intensidad en Asia y especialmente en China y países vecinos.

Dicho esto, el ritmo de caída estaba empezando a ralentizarse e incluso a revertirse en regiones como América Latina y algunos países africanos. La caída del precio de las materias primas, una nueva crisis fiscal y la consiguiente de deuda externa, estaban provocando un ligero incremento de la pobreza siempre a lomos de su principal aliado, la desigualdad. Y es que quien sostiene la pobreza, sobre todo en un mundo de recursos ambientalmente finitos, es el desigual reparto de renta, riqueza, energía, agua, tierra, alimento, espacio vital y hasta de aire limpio que respiramos.

En tiempos de crecimiento económico, sobre todo si éste es guiado por gobernantes que apliquen políticas inclusivas, una mayor calidad en el empleo, mejores salarios y políticas sociales más ambiciosas, contribuyen a la salida de la pobreza de millones. La riqueza puede seguir privilegiando a unos pocos, pero

un mínimo de reparto se produce. Un buen ejemplo es el Brasil de Lula. Sin embargo, en cuanto llega una crisis, las injustas estructuras económicas subyacentes permiten aguantar a quien ya tiene, incluso enriquecerse. Mientras que arrojan al abismo quien está al borde de caer bajo el umbral de la pobreza. Y es que la mitad de la población mundial vive al límite, ese umbral de la miseria que supone disponer de menos de 5.5 \$ al día. Eso es vivir al día.

Lo vimos en España, la crisis del 2008 se cebó en la población más vulnerable que sufrió el paro, una degradación del empleo que no se destruyó y unos recortes sociales que les afectaron de forma determinante. Resultó indignante ver caídas medias de hasta un 30 % de los salarios más bajos mientras que los más altos se mantuvieron e incluso crecieron.

Lo malo de las crisis es que el carácter sistémico y excluyente del extremo capitalismo financiero, lleva a que las salidas se produzcan siguiendo el mismo patrón. Se recuperan mucho antes los beneficios empresariales que los salarios medios o el impuesto de sociedades. Lo que vemos en España, precariedad y recortes, es lo que ocurre en otras regiones, salvando las notables diferencias de punto de partida.

Y tristemente, de no hacer decisivo para evitarlo, es lo que veremos durante y tras la crisis gigante del Coronavirus.



Durante la pandemia:

En primer lugar, por el impacto directo en la salud. Países como Zambia con un médico por cada 10.000 habitantes, sin apenas ventiladores ni camas de UCI. Campos de refugiados sin condiciones mínimas de salud pública, con las familias hacinadas. Cuando el virus penetre en estos lugares con la fuerza que lo ha hecho en Europa será una hecatombe en forma de vidas perdidas, si no se corre urgentemente a reforzar esos frágiles sistemas de salud. Organizaciones humanitarias ya estamos escalando nuestra prevención y respuesta en salud pública. Pero

se necesita más mucho más. De ahí que hayamos demandado la cancelación de los pagos de la deuda externa de 2020 de los países en desarrollo, para que puedan dedicar esos fondos a sus frágiles sistemas sanitarios. Algo falla cuando Ghana tiene que dedicar 11 veces más al pago de la deuda que a la salud de su gente. El impacto económico será mayor y ya se está sintiendo, aunque el virus no haya llegado a muchos lugares. Como decía un taxista de Nairobi, la que era mi segunda ciudad de residencia antes de la crisis, el virus nos matará de hambre antes de infectarnos. Esa mitad de la población que vive al día reside en países que no cuenten con recursos estatales para sostener a su población con una red de seguridad básica que les impida caer en la hambruna.

Estimaciones preliminares de Oxfam apuntan a que hasta 500 millones de personas podrían caer en la pobreza fruto de esta crisis y de la forma como las economías responderán a la misma. Si siguen el patrón habitual.

Diez años atrás. 20 o 30 en algunos países africanos.

Pero no tiene que ser así.

Como individuos y como sociedad global deberíamos preguntarnos si enfrentaremos las desigualdades como la única manera de lograr un mundo libre de pobreza.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿La redistribución de riqueza y recursos será más central en nuestras vidas y sociedades?
2. ¿Recuperaremos el sentido de lo público como colectivo?
3. ¿Respaldaremos una acción gubernamental más activa en el mercado y la economía?
4. ¿Pondremos la lucha contra la pobreza en un mundo sostenible como una prioridad? ¿y estamos dispuestos a compartir el poder y los privilegios como es necesario para acabar con la pobreza de manera sistémica y no cosmética?

An aerial photograph of a dense, lush green forest. A wide, light-brown dirt road winds through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and thin, with a thick canopy of green needles. The overall scene is vibrant and natural.

QUEREMOS UN MUNDO DONDE SE CUIDE NUESTRO PLANETA Y A TODOS LOS SERES QUE LO HABITAN PARA FRENAR LA EMERGENCIA CLIMÁTICA

por

Eloy Sanz

Revisor experto del IPCC

Irene Rubiera

Activista climática en Fridays For Future

Antes de la pandemia:

En 2020 se cumplen treinta años del primer informe del IPCC. Treinta años desde el estudio más riguroso sobre calentamiento global hasta la fecha cuyos autores afirmaron ya en 1990 “estar seguros” de que las emisiones de CO₂ de la actividad humana potenciarían el efecto invernadero y proyectaron aumentos de temperatura que hoy vemos cumplirse.

Después de muchos informes, cumbres, tratados y buenos deseos, hoy emitimos un 50% más de CO₂ que en 1990. Como si esto no fuera con nosotros; como si las terribles consecuencias que el calentamiento global está teniendo ya y tendrá en un futuro solo fueran a afectar a otros. Pero nada más lejos de la realidad. Por poner solo algunos ejemplos, se estima que en 2050 habrá entre 30 y 140 millones de refugiados climáticos procedentes de América Latina, África y el sur de Asia. Si no hacemos nada para evitarlo (business as usual), a finales de siglo la temperatura global habrá aumentado 3 °C y el nivel del mar subirá entre 60 y 90 cm, anegando los hogares de 100 millones de personas. Si los costes personales son escalofriantes, los daños económicos tampoco se quedan cortos y se estima que limitar el aumento de temperatura a 1,5°C en vez de a 2°C podría ahorrar hasta un 3,5% del PIB mundial a finales de siglo, es decir, 38,5 billones de dólares. Como estas cantidades desorbitadas nos suenan demasiado abstractas, es interesante compararlas con algo más tangible, como el presupuesto español. Pues bien, la diferencia calculada entre los dos escenarios climáticos equivaldría a un ahorro igual a 25 veces el presupuesto actual de España. Casi nada.

En el último año, ha tenido que venir a dar la voz de alarma una generación cuyos padres ni se conocían en 1990. Han hecho que se hable como nunca de calentamiento global. Lo han puesto de moda hasta el punto que los parlamentos nacionales se dan codazos para que Greta Thunberg les visite y les ponga de vuelta y media. Las palabras pasan, las fotos y las portadas de diarios quedan para el recuerdo y la mesita del salón. La crisis climática se dejará en la carpeta de tareas pendientes para el próximo gobierno. La misma carpeta llena de polvo que

se heredó del gobierno anterior. Es un desafío que exige un cambio radical del modelo económico. Demasiado esfuerzo y pocas fotos.



Durante la pandemia:

Hace unos meses no conocíamos la palabra “coronavirus”. Hoy sabemos que no la olvidaremos nunca. Esta pandemia ha golpeado fuerte a muchos países, hundirá economías y sus efectos se notarán durante años venideros. Como no somos expertos (ni políticos, ni tertulianos...) desconocemos si se veía venir o si decenas de países han acertado/fallado en sus previsiones. La realidad es que, al llegar el momento de afrontarlo, los gobiernos del mundo, evidentemente, han preferido paralizar por completo la actividad económica para proteger la salud de sus ciudadanos.

Como consecuencia de esta crisis, se estima que en 2020 se emitirá un 7% menos de CO₂ en todo el mundo. Es la mayor disminución de la historia; más que durante la Gran Depresión del 29 o la II Guerra Mundial. Aun así, la concentración de CO₂ en la atmósfera apenas lo ha notado. El CO₂ no es como los contaminantes de nuestras ciudades que ahora están limpias, no desaparece de la atmósfera con dejar de emitirlo, sino que permanece durante años. Se necesitan cambios a largo plazo, definidos sin prisas y aplicados con determinación. Esta crisis nos la están advirtiendo desde hace décadas y sabemos que no se resolverá en unas semanas.

Aparentemente, en caso de extrema necesidad, estamos dispuestos a todo con tal de preservar nuestra salud pero... ¿cómo se explica la falta de actuación sobre la crisis climática? Ahora que hemos visto que sabemos gestionar una crisis, que las medidas de emergencia funcionan y que los ciudadanos somos perfectamente capaces de arrimar el hombro, es el momento de tratar cada crisis como tal. Es el momento de aprovechar lo aprendido y experimentado estas semanas para preparar la respuesta a la crisis climática. Antes de que sea demasiado tarde



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Serán, en algún momento, nuestros gobiernos tan responsables con la crisis climática como han sido con la COVID-19?
2. ¿Somos conscientes de que cuando un gran problema llega nos afecta a todos aunque no lo hubiéramos previsto?
3. Durante la cuarentena hemos hecho un gran esfuerzo en cambio de hábitos. ¿Estamos dispuestos a hacer algún cambio en el futuro?
4. Si hemos respondido “Sí” a la pregunta anterior, se necesitan compromisos concretos en todos los aspectos de nuestra vida. ¿Hasta qué punto nos involucraremos en lo siguiente?: Abandono del coche frente a otras alternativas más sostenibles, inversión de ahorros en banca ética, apuesta por las energías renovables (inversión colectiva, autoconsumo en domicilios, etc.), cambios de alimentación favoreciendo productos vegetales y locales, decrecimiento, cambios de hábitos de consumo...
5. La contaminación en las ciudades es otro gran desafío ambiental. En este caso sí lo hemos visto paliado temporalmente por la ausencia de tráfico. ¿Permitiremos que se llenen de nuevo las ciudades de coches y de contaminación?
6. ¿Vamos a hacer algo para que todo lo anterior suceda o esperaremos sentados en el sofá?

An aerial photograph of a dense evergreen forest. A wide, winding dirt road cuts through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and green, with some sunlight filtering through the canopy. The entire image is framed by a white border.

QUEREMOS UN MUNDO FEMINISTA

por

Pepa Moleón

Activista feminista

Antes de la pandemia:

El feminismo que, como corriente de pensamiento surge en el siglo XIX y se manifiesta como una de las más importantes referencias de cambios sociopolíticos en el siglo XX irrumpiendo con especial relevancia en el siglo XXI, ha ido incorporando análisis y propuestas diferentes, a partir de los contextos históricos con los que, a lo largo de décadas, ha entrado en diálogo y debate.

Su análisis parte de la crítica del patriarcado (supremacía de los varones sobre las mujeres) como elemento sustentador de la mayoría de culturas y sociedades y el compromiso y la lucha por la igualdad y respeto a la diversidad de los derechos de las mujeres.

El feminismo se expresa o canaliza a través de los Movimientos Feministas que tienen una clara vocación de permear todos los ámbitos de la vida, con una mirada especial a las políticas públicas.

Desde 2018 el movimiento feminista dio un salto cuantitativo y cualitativo de visibilidad e influencia política a nivel mundial, lo que no ha impedido debates internos, a partir de las diferentes corrientes y postulados que nutren el feminismo.

Como movimiento social, con diferente visibilización, relevancia e influencia según países, en los últimos años ha sabido establecer alianzas con otros movimientos sociales con los que comparte análisis y estrategias (movimientos ecologistas, mareas en defensa de una sanidad, educación y dependencia impulsadas y sostenidas desde el sector público frente a movimientos privatizadores, movimiento de pensionistas por un sistema público de pensiones) al tiempo que desarrolla una crítica directa al sistema capitalista neoliberal.

Así, antes de la Covid19, desde los movimientos feministas ya se estaban anticipando y evidenciando muchos de los graves problemas que la pandemia ha

puesto de manifiesto y agudizado.

En este sentido, recordamos unas recientes declaraciones de la escritora Naomi Klein, recordando que los momentos de crisis lo son también de oportunidad para avanzar hacia la sociedad que queremos, hacia esa transformación... “La buena noticia es que estamos en una mejor posición que en 2008 y 2009. Hemos trabajado mucho en los movimientos sociales durante estos años para crear plataformas de personas”, señala.



Durante la pandemia:

La aparición del virus en diciembre de 2019 y su extensión como pandemia han alterado y trastocado todo lo relacionado con las vidas individuales y colectivas en la mayoría de los continentes y países, aunque con diferente incidencia en unos y otros, siendo especialmente grave la situación en los llamados países del norte rico y desarrollado.

Las consecuencias de la crisis que afectan de manera especial a las personas más vulnerables, tiene unas implicaciones sociales especialmente significativas y lesivas para las mujeres:

* Las mujeres asumen la mayor parte de los cuidados en diferente ámbitos (remunerados y no remunerados), recibiendo un impacto asimétrico de la crisis.

* Desde el punto de vista de la salud, sus vidas se están viendo enfrentadas a una mayor vulnerabilidad .

* Sus salarios y, por tanto, sus pensiones están precarizados a partir de la brecha salarial existente.

* Siguen estando subrepresentadas en los puestos de liderazgo y decisión.

* Las políticas de confinamiento están exacerbando e invisibilizando, aún más, la violencia de género.

* Negociación en la casa: las mujeres siguen cargando con el peso de las tareas, no hay reparto equilibrado.

* Significativa presencia de mujeres profesionales y voluntarias en ámbitos de máxima peligrosidad: sector sanitario y residencias de personas mayores.

¿Qué encontraremos en la nueva normalidad, cuando salgamos a la calle? ¿Existe algún indicio para pensar que saldremos a una sociedad más feminista, a un país más igualitario en el que las mujeres tengan las mismas oportunidades que los hombres y las premisas que sustenten esa sociedad sean los valores que hemos desgranado en puntos anteriores?

Por un lado, el feminismo tiene un gran reto en seguir defendiendo, más si cabe, un sistema de sanidad pública para todas. La crisis sanitaria en la que estamos inmersas, ha logrado amplio consenso en esa defensa, convirtiéndola en bandera social y política en estos días, que deberá materializarse, evidentemente, con mayor dotación de medios y, deseable, un pacto social.

Se pide regularizar la situación administrativa de todas las personas que no tienen los derechos básicos garantizados por tener unas condiciones administrativas irregulares, véase especialmente las mujeres que trabajan como empleadas de hogar, cuyas reivindicaciones se han intensificado en este momento de alta vulnerabilidad social al no tener reconocido su derecho a la prestación de desempleo de forma estable, más allá del momento actual.

Del mismo modo, desde el feminismo se valora como necesaria y urgente la tramitación de una renta básica, o ingreso mínimo vital, que asegure vidas dignas de ser vividas y una regulación del derecho a una vivienda digna que, como ha evidenciado la situación de confinamiento, son elementos clave para facilitar convivencia y prevención.

La escandalosa situación de las residencias de personas mayores en las que la dialéctica del beneficio frente a la vida se ha hecho patente con toda su crudeza, hace que, desde el feminismo, se perciba como prioritario los cuidados para una vida digna en el marco de un mayor desarrollo de la ley de dependencia.

Así, desde una mirada feminista, la presencia y ausencia de las mujeres

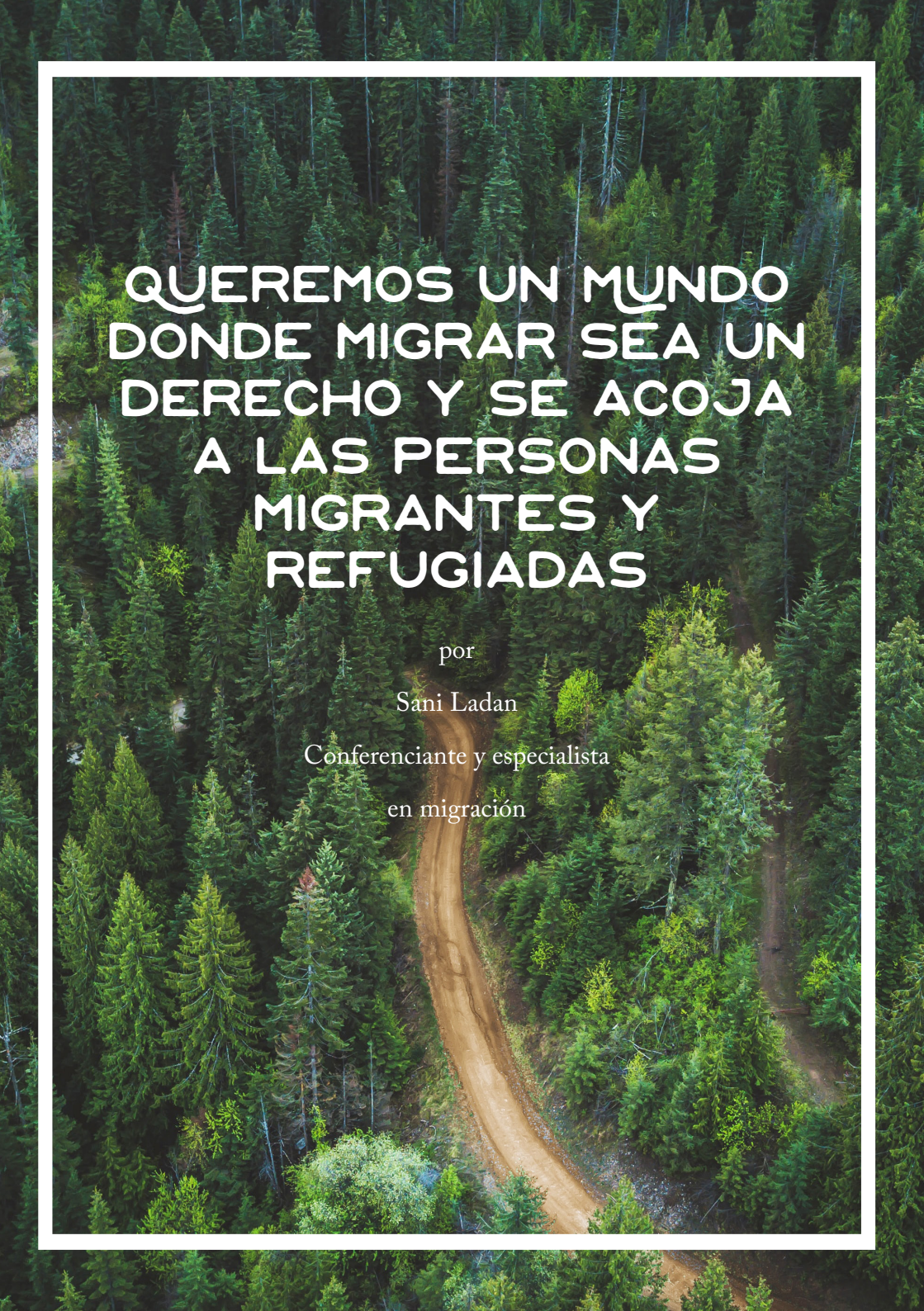
en según qué ámbitos, el reconocimiento o no de sus derechos... provoca que se evidencien muchas decisiones, pendientes y urgentes, a tomar.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. La salida de la crisis, ¿plantea nuevos retos al feminismo? ¿Saldremos siendo una sociedad más feminista de esta crisis?
2. ¿Se implementarán medidas específicas en el mercado laboral para reducir la precariedad laboral de muchas mujeres?
3. ¿Se renovará el pacto de Estado sobre violencia de género con dotación presupuestaria?
4. ¿Se desarrollarán nuevas medidas para mejorar la conciliación familiar y laboral, dado que vemos el teletrabajo como un elemento clave para mejorar la conciliación y puede ser una medida que haya llegado para quedarse?
5. El techo de cristal para las mujeres sigue siendo una realidad a nivel mundial. Sin embargo, observamos que la crisis de la Covid19 ha puesto de relieve diferencias significativas a la hora de gobernar y tomar decisiones en países de distintos contextos geográficos y culturales donde las mujeres que gobiernan han jugado un papel clave, ¿para cuándo una sociedad que establezca mecanismos habituales de reconocimiento y presencia de las mujeres en puestos clave de responsabilidad?
6. ¿Vamos a prestar especial atención a una educación desde la igualdad?
7. ¿Cómo incorporar en la educación y en la vida cotidiana la visibilización de mujeres referentes en todos los campos de la vida social y política hasta que la igualdad sea haga costumbre?



An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous forest. A wide, winding dirt road or path cuts through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and green, with some bare branches visible. The overall scene is lush and natural.

QUEREMOS UN MUNDO DONDE MIGRAR SEA UN DERECHO Y SE ACOJA A LAS PERSONAS MIGRANTES Y REFUGIADAS

por

Sani Ladan

Conferenciante y especialista

en migración

Antes de la pandemia:

La situación de las migraciones antes de la crisis del Covid-19 estaba marcada por una parte por el blindaje del mar Mediterráneo y el mar Egeo por parte de Europa, así como la militarización y la externalización de las fronteras de la UE a través de la agencia Frontex y varias empresas de seguridad; Por otra parte, el presidente turco Erdogan utilizaba a los refugiados como moneda de cambio para conseguir el apoyo de la UE en sus aspiraciones imperialistas y geopolíticas en la ciudad de Idleb en Syria.

La frontera de Grecia volvió a ser el escenario de la mal llamada “crisis de los refugiados” (como en 2015) por la presencia de hombres, mujeres y muchos menores que intentaban ponerse a salvo de los estragos de la guerra o huían de las condiciones infrahumanas a las que estaban sometidos en los campos de refugiados en Turquía.

La respuesta de la UE fue cerrar filas entorno a su socio griego, con apoyo logístico para evitar lo inevitable; para impedir la llegada de los “nadies”: aquellos contra los que Europa erige muros y condena a la deshumanización en las calles de Estambul o en los centros insalubres de las islas griegas. Europa volvió a demostrar una vez más su crisis de humanidad a través de una política migratoria mortífera y represiva, utilizada contra los más débiles.

Los refugiados volvían a ser noticia y una vez más ocupaban las portadas de los periódicos en Europa por unos segundos. Los de siempre reaparecían en medio de un conflicto entre la UE y Turquía, repitiéndose así el patrón de lo que provocó su inminente salida de su país ya que sus ciudades y barrios se habían convertido en el epicentro de la locura humana.



Durante la pandemia:

En plena crisis sanitaria que atraviesa todas las fronteras, burlando todos los controles fronterizos, la humanidad se da cuenta una vez más de su evidente fragilidad “común”. Lo cierto es que hay una gran parte de dicha humanidad a la que se ha considerado siempre como excedente dentro de la sociedad: aquellos de cuya existencia se acuerda la sociedad cuando escasean las frutas y hortalizas en los supermercados. Durante esta crisis, en relación a la migración, lo que más escuchamos en los medios de comunicación es la falta de mano de obra en los trabajos agrícolas. Un sector sostenido durante mucho tiempo por los inmigrantes que trabajan para satisfacer las necesidades alimentarias de la sociedad, en condiciones infrahumanas y sin apenas un techo donde cobijarse de la intemperie.

Esta crisis saca a la luz un tema que incomoda, y del que ningún político quiere hablar: la situación administrativa y la regularización de los inmigrantes; aquellos que, por miedo a ser parados en un posible control policial (tras el estado de alarma decretado), prefieren estar escondidos, lejos de los invernaderos de Almería y los campos de Lepe (Huelva), por falta de permiso de residencia. Algunos, cuya situación administrativa permite seguir trabajando, lo hacen exponiéndose al contagio virus, debido a su pésimas condición de trabajo, evidenciando así la precariedad que define su situación en los campos españoles. Varias organizaciones están realizando campañas para pedir por una parte, que se deje de hacer un uso utilitarista de los inmigrantes por parte de la administración pública, y por otra parte, piden a través del lema “regularización ya” la regularización de los inmigrantes como una forma de hacer justicia, poniendo de ejemplo a Portugal que dio un paso hacia delante con respecto a este tema, para “proteger a los eslabones más débiles” en esos tiempos de crisis.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Qué lugar ocupan las personas migrantes en la sociedad?
2. ¿Hasta cuándo se seguirá haciendo un uso utilitarista de los inmigrantes para el beneficio de la sociedad?
3. ¿Formamos realmente una “humanidad” cuando mantenemos desprotegidos, a los eslabones más débiles de nuestras sociedades?
4. ¿De qué manera se puede devolver a los inmigrantes su condición de sujetos políticos, respetando sus derechos?



An aerial photograph of a dense evergreen forest. A wide, light-brown dirt road winds through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and green, with some bare branches visible. The overall scene is lush and natural.

QUEREMOS UN MUNDO EN EL QUE NO QUEPA NINGÚN TIPO DE EXCLUSIÓN NI VIOLENCIA RACISTA

por

Moha Gerehoy

Periodista y activista contra el racismo

Lucía Mbomio

Periodista y activista contra el racismo

Antes de la pandemia:

Los precedentes no eran nada esperanzadores. La situación de las personas migrantes, negras, de origen asiático, gitanas o latinoamericanas antes de la pandemia estaba caracterizada por unos puntos en común que resultaba en la exclusión en prácticamente todos los planos sociales.

Las identificaciones por perfil racial forman parte de la cotidianeidad de estos grupos sociales, especialmente sobre negros y gitanos, ahondando en una criminalización de la que forman parte importante los medios de comunicación, implacables a la hora de cargar sobre todo un color de piel o una procedencia lo más negativo de nuestro ser. Cuando no es esa imagen es de la de las excepciones, una suerte de cometas Halley que pasan cada 75 años porque en cada siglo, cada década y casi cada año hacemos algo por primera vez.

Detrás, está un sistema sostenido por una educación que arrastra unos agujeros por los que migrantes y racializados caemos sin parar: las trabas socioeconómicas para seguir con los estudios y la omnipresencia de contenidos que muestran una versión reduccionista de la realidad. Un ejemplo es el nulo espacio que ocupa la relación colonial de España con Guinea Ecuatorial y cuyas consecuencias siguen vigentes.

Otra pata que sostiene la exclusión es la Ley de Extranjería y todo su entramado que quita o amputa derechos fundamentales. No deja ningún espacio libre, puesto que afecta al empleo, al acceso a la vivienda y a la sanidad, la educación o incluso cuando queremos acceder al ocio. Los impuestos son de ida, pero apenas de vuelta. La versión más extrema de la ley coge forma en los Centros de Internamiento de Extranjeros (CIE), en cuya puerta se quedan leyes y derechos para entrar en un espacio donde el abuso de poder es el único lenguaje.



Durante la pandemia:

La pandemia ha hecho más patente el racismo existente hacia la comunidad migrante y/o racializada desde diversos flancos.

Las identificaciones y abusos policiales con perfil racial no solo se han mantenido sino que, en la actualidad, pretenden estar “justificados” por la imposición del confinamiento. Un ejemplo claro fue cómo la Ertzaintza agredió a un joven racializado en Bilbao y a su madre, pese a que él llevara una bolsa con compra y a que ambos insistieran en que el chico “está enfermo”, refiriéndose a algún tipo de padecimiento mental. Los vídeos en los que se registró lo sucedido evidencian una dificultad a la hora de expresarse compartida por muchas de las personas que vienen de países no hispanohablantes y que podría entroncar con otra de las problemáticas que se están dando a diario en el ámbito sanitario: El desconocimiento/no dominio de la lengua. Esta circunstancia genera un aislamiento importante, puesto que la información no llega del mismo modo y, al tiempo, está provocando que haya gente que no pueda siquiera contar, y menos aún vía telefónica, los síntomas que están teniendo. A eso, cabría sumarle el temor a solicitar atención médica, si la situación administrativa es irregular.

Centrándonos en lo que sucede de puertas hacia dentro, debemos tener claro que el confinamiento nunca podrá ser igual si se vive en condiciones de hacinamiento, algo que le está pasando a muchas personas migrantes que comparten casa y/o habitación con otras tantas debido al elevadísimo precio del alquiler, sobre todo, en las grandes ciudades. Así las cosas, si alguien enferma, el aislamiento no podría efectuarse y el riesgo de contagio sería mucho más alto.

A nivel escolar, dado que todas las tareas deben llevarse a cabo en el hogar, se está produciendo una exclusión severa ligada a la falta de recursos materiales que se deriva de la precariedad económica/ laboral que atraviesan muchas familias migrantes y/o racializadas (aunque no solo). No es raro que la economía de la casa esté basada en actividades informales (trabajo doméstico y de cuidados, venta ambulante, etc...), cosa que ha provocado que los ingresos se hayan cortado de forma repentina y que no puedan ser receptores de ayudas. Disponer de un ordenador o, incluso, de conexión a internet es un lujo y no contemplar esas

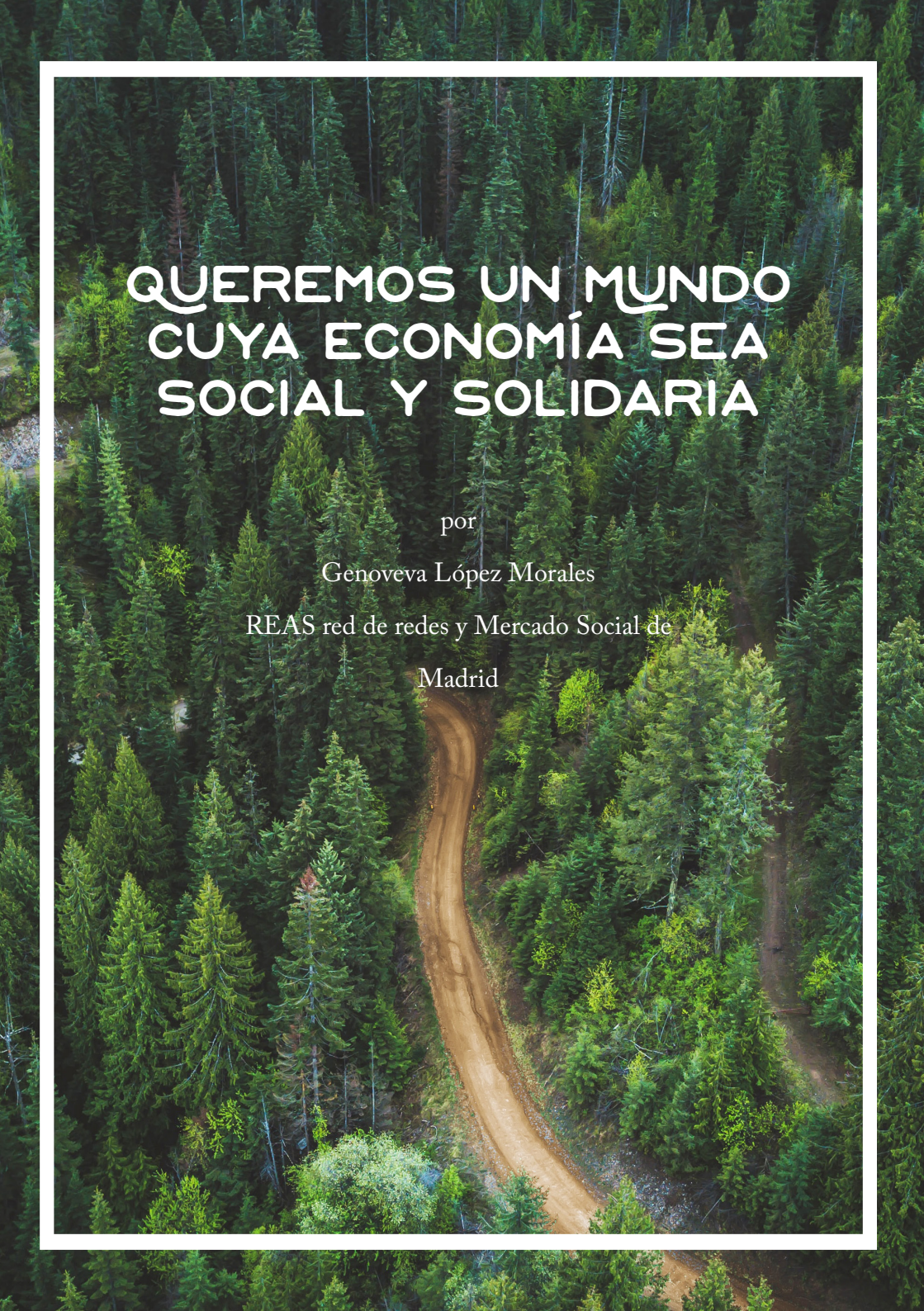
diferencias a la hora de diseñar estrategias educativas, implica dejar fuera a un porcentaje importante de la población. Lamentablemente, no todos los medios de comunicación están retratando un confinamiento que está resultando, a todas luces, desigual.

Para las personas migrantes y/o racializadas la “normalidad” anterior a la pandemia mostraba las grietas de un sistema que se han agrandado durante la crisis de COVID-19. Volver a la situación previa o asumir recortes de los pocos derechos que existían para estos grupos sociales no es una opción, así que planteamos las siguientes cuestiones para que el nuevo orden que salga de la pandemia sea distinto.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Hasta cuándo las personas migrantes y racializadas van a ser percibidas como huéspedes incómodas y no como lo que son, vecinas?
2. Dado que las personas migrantes y/o racializadas también deberían ser fuente de información válida más allá de la tragedia o lo concerniente a su situación administrativa, ¿cómo van a incorporarlas los medios de comunicación a sus noticias?
3. La pandemia del coronavirus ha evidenciado la importancia de una sanidad que garantice el acceso de todas las ciudadanas para cuidar la salud global ¿con qué mecanismo se va a garantizar una sanidad universal, pública y gratuita sin distinción por situación administrativa?
4. ¿Cuándo se va a contemplar a las personas migradas como algo más que ‘mano de obra necesaria’, esto es, no desde su dimensión económica sino humana?
5. ¿Cómo se va a garantizar que la Administración Pública devuelva un servicio a toda la ciudadanía que no sea racista, como es el caso de los cuerpos de seguridad?
6. ¿Hasta cuándo la educación pública va a dejar fuera de su currículo académico contenidos que conciernen a la totalidad del alumnado? Eso incluiría el reconocimiento de la diversidad étnico racial del Estado o la relación histórica que une a España con el continente africano, América y, por tanto, la participación en episodios como la trata de personas esclavizadas, etc...

An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A wide, winding dirt road or path cuts through the forest, starting from the bottom center and curving towards the upper right. The trees are tall and closely packed, with varying shades of green. The overall scene is captured from a high angle, looking down on the forest canopy.

QUEREMOS UN MUNDO CUYA ECONOMÍA SEA SOCIAL Y SOLIDARIA

por

Genoveva López Morales

REAS red de redes y Mercado Social de

Madrid

Antes de la pandemia:

Muchos son los adjetivos que nos vienen a la cabeza cuando hablamos de la economía antes de la pandemia del coronavirus: Carbonizada, concentrada, masculinizada, financiarizada, endeudada y, cada vez más, digitalizada. Carbonizada porque desde el acuerdo de París, los bancos y fondos han invertido casi 700 mil millones de dólares en industrias fósiles. Entre BlackRock, Vanguard and State Street juntan en torno a 300 mil millones en las compañías que utilizan materias fósiles de manera intensiva.

Concentrada porque está en muy pocas manos. El 40% de los millonarios del mundo están en Estados Unidos, y el 40% de ellos se encuentran en el 1% de la pirámide. El 10% más rico posee el 82% de la riqueza mundial y el 1% posee el 45%, según el Informe de la Riqueza Mundial de Credit Suisse.

Masculinizada porque las 10 personas más ricas del mundo, son hombres. Entre las 10 personas más ricas de China encontramos tan solo dos mujeres, Entre las 10 personas más ricas de la industria tecnológica tan solo encontramos una mujer, y es la ex de Jeff Bezos, el propietario de Amazon, que consiguió su fortuna gracias a su divorcio.

Financiarizada porque el capital y los mercados financieros dominan sobre la economía industrial y agrícola tradicionales. Según el Transnational Institute, ha pasado de suponer un 120% del PIB en 1980 a un 329% en 2013.

Endeudada porque la deuda mundial ha alcanzado los 255 billones de dólares según el Instituto de las Finanzas Internacionales. La deuda mundial ha superado el 322% del producto interior bruto en 2019, 40% más que antes de que estallara la crisis de 2008.

Poco a poco cada vez más cooptada por las grandes corporaciones digitales como Amazon, Facebook o Google. El llamado capitalismo de la atención

o de la vigilancia, basado en la extracción de valor gracias a los datos que generamos, parece que se consolida como modelo.



Durante la pandemia:

La economía real, durante la pandemia, se ha paralizado parcialmente para evitar contagios, sin embargo, se ha evidenciado una serie de realidades que es necesario tener en cuenta a la hora de replantearnos qué mundo queremos:

La importancia de sectores, como el agrario o el cuidado, tradicionalmente precarizados. La economía de los cuidados, realizada principalmente por mujeres, y el sector primario, que cuenta con un número importante de migrantes, se han revelado como fundamentales en nuestro día a día.

Los trabajadores y las trabajadoras sin derechos laborales, como los ridders y los repartidores de Amazon, han suplido al comercio de proximidad. Amazon, la empresa más poderosa del mundo que pertenece al hombre más rico del mundo, ha sido una de las grandes ganadoras de esta crisis. Ha necesitado contratar a 75.000 personas para poder atender a las demandas del confinamiento. En cada crisis, el número de personas ricas incrementa y las clases trabajadoras se ven cada vez más empobrecidas. Es la forma en que el capitalismo se reproduce a sí mismo.

Los alimentos han experimentado subidas vertiginosas. Los calabacines han incrementado su precio en un 273%. Las grandes cadenas de supermercados hacían el agosto mientras el pequeño comercio languidecía. Se han tenido que lanzar campañas desde los mercados municipales y el comercio de proximidad para animar a la gente a volver a la tienda de barrio.

Si bien el precio del crudo se ha desplomado por la bajada de la demanda, alcanzando precios negativos, el informe de Banca Fósil demuestra que los bancos canadienses, chinos, europeos, japoneses y estadounidenses han financia-

do industrias fósiles por valor de 1900 millones de dólares desde el Acuerdo de París, aumentando la inversión cada año.

Los mecanismos que está activando el gobierno apuntan a que el endeudamiento va a ser de las familias y apuntalan rescates millonarios a las compañías aéreas, también parece que se plantea una renta básica o activar las tasas Google y Tobin. Tendremos que esperar a leer la letra pequeña de dichos acuerdos.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Qué valor le damos a las cosas? ¿Vale más el trabajo en un banco que en una residencia de ancianos? ¿Cuál de los dos aporta más valor a la sociedad?
2. En relación con la anterior, ¿en qué medida queremos una economía digitalizada que extrae valor de nuestros datos (ocio, trabajo, círculos de amistades)...? ¿Cómo podemos conseguir una tecnología que no amenace nuestra privacidad y sin embargo sí utilice los datos de una manera abierta y soberana?
3. ¿Qué rol queremos que juegue el Estado en la economía? ¿Podemos salir del binomio público-privado y crear una economía basada en empresas con valores y de propiedad colectiva? ¿Qué impide que entidades de la economía social y solidaria tengan un rol tan importante como las de la economía capitalista tradicional en nuestra sociedad?
4. ¿Y si en vez de basarnos en unos valores humanos al servicio de la economía le diéramos la vuelta y pusiéramos la economía al servicio de los seres humanos, como pretenden economías alternativas como la economía social y solidaria?
5. ¿En qué queremos que esté anclada nuestra economía? ¿En la prima de riesgo o en aquello que nos alimenta?
6. ¿Vamos a limitar las desigualdades? ¿Mediante qué mecanismos? ¿Hasta qué punto primamos la libertad individual sobre el bienestar colectivo?

An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A wide, winding dirt road or path cuts through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and closely packed, with varying shades of green. The overall scene is lush and natural.

QUEREMOS UN MUNDO DONDE LA ALIMENTACIÓN ESTÉ ASEGURADA Y SEA SALUDABLE Y SOSTENIBLE

por

Arturo Angulo

Responsable de Alianzas de la FAO

en España (2014-2019)

Antes de la pandemia:

Iniciábamos 2020, el momento de un mayor avance científico y técnico en la historia de la humanidad, con la paradoja de que algo tan esencial como la alimentación de los seres humanos no estaba garantizada. Permitíamos que más de 820 millones de personas en el mundo se encontraran en situación de subnutrición, de hambre. Al mismo cerca de 1.000 millones de personas padecían obesidad y enfermedades evitables por alimentarse con dietas inadecuadas, exceso de refrescos azucarados y comidas ultraprocesadas ricas en azúcares, grasas saturadas y sal. Nos alejábamos de las dietas tradicionales (como la mediterránea) recomendadas por los nutricionistas, los expertos y las abuelas. Doblábamos, al menos en los países “desarrollados”, el consumo de carne recomendado por la OMS. Incrementábamos la resistencia a los antibióticos por su utilización masiva en la ganadería industria (con el resultado de 25.000 muertos anuales sólo en Europa).

Pero además de no hacernos bien y no ser justo y equitativo, el sistema alimentario no era sostenible. Era completamente dependiente de los combustibles fósiles (elaboración de los fertilizantes inorgánicos, maquinaria, transporte, refrigeración...) contribuyendo a alrededor de un 30% de los gases de efecto invernadero generados en el planeta. No era sostenible porque ya había contribuido a que 1/3 de los suelos del planeta se encontrasen degradados, lo que limita su productividad futura. No era sostenible porque estábamos reduciendo la biodiversidad de los cultivos y de las especies ganaderas como nunca en la historia. No era sostenible porque la gente no quería vivir y trabajar en el campo en las condiciones actuales. No era sostenible porque estábamos desperdiciando alrededor de 1/3 de los alimentos que producíamos.

El diagnóstico era claro y los objetivos para revertir la situación son el corazón de la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible, firmados en 2015 por todos los Estados miembros de las Naciones Unidas. Se reconoce la insostenibilidad del modelo, la necesidad de realizar transformaciones de envergadura para man-

tener a flote nuestra casa común compartida, con una utilización equilibrada de los recursos existentes y un cumplimiento efectivo en el acceso a una alimentación saludable para todos. Pero en 5 años de vigencia de esos objetivos los pasos habían sido mínimos y las tendencias del hambre y la obesidad iban en dirección opuesta.



Durante la pandemia:

Aún estamos dentro del proceso, en una fase muy inicial para muchos de los países más vulnerables y con muchas incertidumbres sobre sus consecuencias. Hasta el momento los precios de los alimentos no se han disparado como en 2008, sigue habiendo alimentos en los mercados y la respuesta combinada entre los entes públicos, las organizaciones sociales y las propias familias están paliando muchas de las situaciones más críticas. Países como España, están destinando partidas para garantizar unos ingresos mínimos, bajo diferentes modalidades, a las personas con problemas de renta. A otros colectivos se les está facilitando la alimentación en sus casas desde el ámbito local o autonómico. No siempre la calidad de los productos está siendo la idónea ni se siguen unos criterios nutricionales saludables.

Aunque con mayor timidez que lo deseable se está cayendo en la cuenta de la importancia esencial de producir los alimentos para las sostenibilidad de la vida. Podemos estar sin futbolistas, jugadoras de tenis o baloncestistas profesionales durante meses o años, pero no podemos mantenernos si agricultores, sin ganaderas, sin trabajadores magrebíes, subsaharianos o rumanos más allá de unas pocas semanas. Y los primeros reciben de nuestras sociedades cientos de veces más atención y remuneración que los segundos. Nos lo estamos replanteando, pero aún, en el inicio de la pandemia hemos tenido poca sensibilidad y una mirada urbano-céntrica.

También estamos teniendo la oportunidad de enfrentarnos a la cocina, de valorar la diferencia entre lo fresco y lo ultra-procesado, de recuperar recetas

familiares e intercambiarlas, de poder educar a nuestros hijos en unos hábitos más saludables, enseñarles y compartir tareas y responsabilidades.

A nivel mundial empiezan a llegar los informes sobre el riesgo de incremento sustancial del hambre en los próximos meses. Sobre todo en aquellos países que dependen de las importaciones de alimentos y que los compran con los recursos que obtienen las exportaciones de materias primas (petróleo, minerales...), ahora con los precios hundidos, ¿los apoyaremos?

Nos encontramos también con un sistema de las Naciones Unidas desfinanciado, al que los Estados no le han querido dar las competencias ni la financiación suficiente a lo largo de los últimos años. Empezamos a ser conscientes de los recursos que cada país está teniendo que invertir por su cuenta, de forma desordenada por no confiar y apoyar de forma decidida a entes internacionales de solidaridad, gestión democrática y asistencia técnica y científica como la OMS. La FAO lleva meses sin tener operativa su Oficina en Madrid por falta de un mínimo financiamiento, y su presupuesto mundial anual sigue siendo inferior a la suma de el del Barcelona y el Real Madrid, paradojas que explican muchas cosas.

Con todos estos aprendizajes parece que podríamos estar un poquito más cerca de llevar a cabo las transformaciones disruptivas que eran necesarias en el sistema alimentario desde hace tiempo y que parecían imposibles de aplicar hasta ahora. Nos faltaba la consciencia de globalidad en la que vivíamos. Nos faltaba la valoración de que la alimentación es una de las cosas más importantes para una persona, una sociedad y una civilización. Nos faltaba ser conscientes de que las normas no son eternas y que teníamos la capacidad democrática y la urgencia física de adaptarlas con criterios de justicia por el bien de todos y la sostenibilidad de la vida en el planeta.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. La alimentación está en el centro de la salud y la vida de las personas y de la sostenibilidad de las sociedades y del planeta: ¿vamos a valorar y reconocer social y económicamente a las personas que producen comida sana de forma sos-

tenible? ¿vamos a garantizarles ingresos apropiados y prestigio social? ¿vamos a favorecer un relevo generacional?

2. Desde un reconocimiento de nuestra ciudadanía global y la necesidad de avanzar de forma coordinada y solidaria. ¿Vamos a fortalecer y democratizar la gobernanza global en materia de alimentación? ¿Vamos a trabajar colectivamente reforzando organismos que son de todos como la FAO y a la OMS (con incremento presupuestario y de competencias) para que haya un espíritu cooperativo mundial, un intercambio de experiencias y un seguimiento de las normas que van hacia un bien colectivo alineadas con la Agenda 2030?

3. Ante la insostenibilidad del sistema alimentario en términos ambientales ¿Vamos a dirigir nuestras políticas alimentarias y agrarias nacionales, europeas y mundiales para favorecer producciones y dietas más sostenibles en las que nos olvidemos de los combustibles fósiles como motor del sistema y en la que se modere el consumo de carne? ¿vamos a revisar el sistema fiscal para que sea coherente e incentive esa transformación? ¿Vamos a apostar por la Agroecología, por una agricultura de proximidad, que cumpla con los compromisos planetarios?

4. Ante los niveles de obesidad y deterioro en la salud vinculados a la inadecuada alimentación con exceso azúcares añadidos, sal y grasas saturadas. ¿Vamos a impulsar sin complejos y de manera masiva las dietas saludables como la Mediterránea? ¿Vamos a regular y denunciar las prácticas insanas como la publicidad engañosa? ¿Vamos a utilizar instrumentos fiscales para desincentivar el consumo de alimentos insanos y favorecer el de los productos frescos, saludables y sostenibles? , ¿vamos a ponernos a cocinar más, a comprar productos frescos, a no maleducar alimentariamente a nuestros hijos?

5. El desafío de realizar la transformación del sistema alimentario hacia uno sostenible que no ultra-dependa del petróleo es colosal, con implicaciones multidimensionales (ambientales, políticas, económicas, sociales...). ¿El ámbito académico y de investigación, las empresas, los organismos públicos nos vamos a central en estos problemas y desafíos estratégicos y colectivos de la humanidad con una visión de corresponsabilidad global? ¿o vamos a seguir priorizando aquellas cuestiones “rentables” en un marco economicista coyuntural lleno de externalidades negativas?



An aerial photograph of a dense evergreen forest. A wide, winding dirt road or path cuts through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and green, with some lighter green areas indicating undergrowth or different tree species. The overall scene is lush and natural.

QUEREMOS UN MUNDO DONDE LA TECNOLOGÍA ESTÉ AL SERVICIO DEL BIEN COMÚN

por

Paz Serra Portilla

Integrante de Ecopolítica

Antes de la pandemia:

En 2016, Klaus Schwab, presidente del Foro Económico Mundial, declaró el inicio de la Cuarta Revolución Industrial. Una revolución caracterizada por el uso generalizado de las TIC, la interconexión a través de Internet (de las personas, los países, los electrodomésticos, etc) y la extensión de innovaciones, tales como las impresoras 3D.

La tecnología os hará libres. Ese parecía ser el mantra que nos repetían hasta la saciedad hasta el día antes de la declaración del Estado de alarma. Desde entonces, todos los planes estratégicos en materia de política económica tienen la digitalización en el centro. También los planes de reforma de las Administraciones Públicas, para acercarse a la ciudadanía, se fundamentan esencialmente en el uso de canales informáticos. España, un país económicamente acomplejado por lo superficial, lento y tardío de todas sus revoluciones industriales, con un modelo económico volcado sobre el turismo, quiere encontrar en la digitalización la solución a casi todos sus males. Y no faltan razones para ello: Internet ha transformado la forma en que nos relacionamos con la realidad. La tecnología, en realidad, es como la energía, un elemento esencial e imprescindible para cualquier actividad económica. Pero al igual que no todas las fuentes de energía tienen el mismo valor, los mismos impactos o el mismo rendimiento; no toda la tecnología vale lo mismo. Dejando al margen la posible destrucción de puestos de trabajo que la automatización podría acarrear en nuestro sistema productivo – aunque los datos varían entre los distintos informes que se han ido publicando, en torno a un 40% de los puestos de trabajo actuales en España se sitúan en los grupos de alta probabilidad de automatización–, el mayor riesgo en términos sociales es la polarización. El abismo entre los puestos de trabajo precario e inestable, como los riders y los puestos creativos, como los ingenieros informáticos; mientras que los puestos intermedios, de tareas rutinarias, son el blanco de esa digitalización. Eso nos llevaría a una sociedad aún más desigual. Una desigualdad a la que la educación y la formación profesional no parecen estar prestando demasiada atención. El informe sobre brecha digital en España de UGT, publicado en 2019, revela

datos como que en España solo un 1,6% de la población afirma haber recibido formación informática en la escuela o con alguna formación oficial, 50 puntos por debajo de la media europea. Si a ello le añadimos que un 13,6% de los hogares en España no tienen acceso a Internet tenemos todos los ingredientes para entender lo que está pasando en España en torno a la tecnología durante la pandemia.



Durante la pandemia:

Y es que bendita tecnología, que nos ha permitido seguir estando cerca de los nuestros y superar el aislamiento. Incluso el de los pacientes ingresados, en momentos tristes y tan difíciles. Nos ha servido para canalizar la naturaleza social de nuestra especie, y de pronto ciudadanos anónimos, empresas y centros educativos han puesto a disposición del sistema sanitario y de cuidados sus impresoras 3D; en momentos en que la deslocalización ha amenazado todos los suministros, la democratización de la producción ha sido la pieza clave. La tecnología ha servido para acceder a la educación y la cultura. Pero también ha profundizado las fracturas de la desigualdad. Pienso en el alumnado que no ha podido seguir las clases o recibir el material necesario. En ese 13,6% de hogares sin acceso a Internet. En la España vaciada, sin conexión de alta velocidad, intentando seguir una clase en una plataforma inestable. Ha servido además para la vigilancia social, sin que tengamos herramientas suficientes como individuos para controlar de qué forma, cuándo y dónde se han almacenado nuestros datos.

La pandemia nos deja algunas enseñanzas: el desarrollo tecnológico no puede ser el único horizonte. La economía tiene que servir a nuestras necesidades, ha de estar orientada a la vida, los cuidados, la alimentación. A la hora de la verdad, no ha sido el panel de mandos de alta tecnología, sino el motor de los limpiaparabrisas lo que ha servido para fabricar ventiladores. Nos hemos dado cuenta de que todos nuestros gadgets se quedan cojos si no hay un sistema público de investigación, como el que nos hubiera permitido reaccionar con más rapidez a la demanda de tests, o en una segunda fase al desarrollo de una vacuna, y que garantice el acceso universal a la misma. Quedan pues para el día después

estos retos: repensar un modelo productivo y tecnológico que garantice la inclusión y responda a las necesidades reales de las personas. Ello pasa por un control democrático de la tecnología y de su uso, muy especialmente el de los datos. Y si esa es la clave, la respuesta puede estar en la economía social y solidaria; una economía basada en la proximidad, la relocalización frente a la deslocalización, y la orientación al beneficio colectivo.

Aceptar que la mera digitalización es signo de “progreso” puede dar la falsa sensación de que la tecnología queda fuera del debate político. Cuando, tal y como se ha demostrado, debería ser todo lo contrario: si es una pieza esencial de nuestras vidas y del ejercicio de nuestros derechos, la tecnología debería colocarse en el centro del debate.

Las preguntas que deberíamos hacernos el día después de la pandemia, no son distintas a las que deberíamos habernos hecho, pero sí más urgentes.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Los avances tecnológicos responden a necesidades reales, ya sean individuales o colectivas? ¿O, por el contrario, van orientadas a crear nuevas necesidades de consumo?
2. ¿Quién es titular de esos avances tecnológicos? ¿Van a ser accesibles en caso de necesidad, o responden a la lógica del beneficio privado?
3. ¿Se dan las condiciones para garantizar el acceso a los avances tecnológicos de toda la ciudadanía, o los avances están profundizando las desigualdades, creando brechas nuevas?
4. ¿Contamos con los recursos suficientes para la producción de aparatos, el almacenamiento de datos? ¿O va a depender la producción de la explotación de recursos extranjeros? De nada sirve exigir que se cierren las minas en Europa, mientras importamos minerales raros a países donde no se respetan los derechos

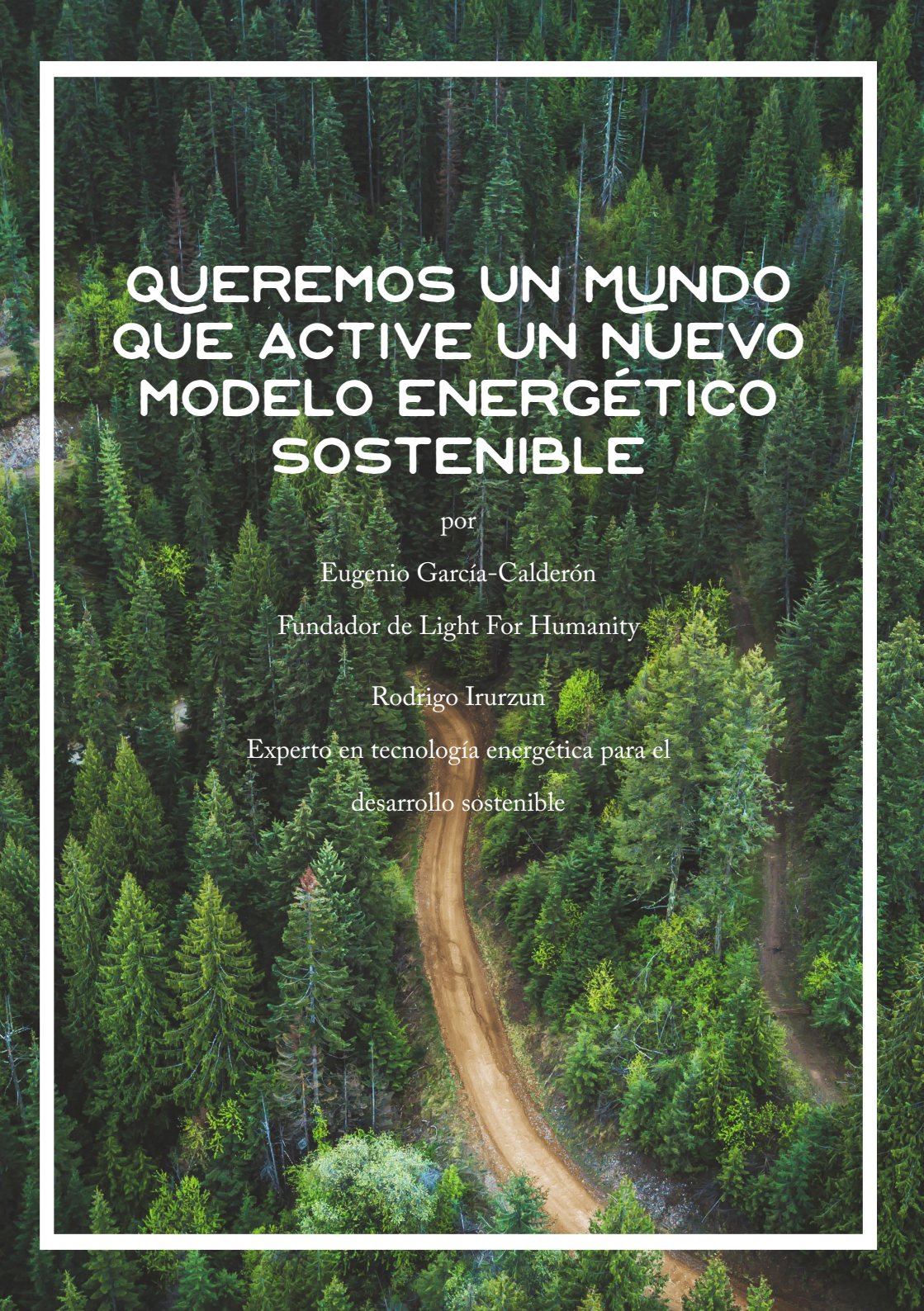
humanos; a los que además endiñamos la tarea de gestionar los residuos tecnológicos. Esta pregunta sirve no solo para los recursos materiales, también para el conocimiento, ¿contamos con un sistema de innovación e investigación que nos permita avanzar? ¿o descansa sobre el conocimiento generado -y controlado- por otros?

5- ¿Qué datos se están almacenando sobre nuestro uso de la tecnología?
¿Quién los almacena? ¿Con qué propósitos?

6- Y la última, paraguas de todas las demás: ¿es realmente la tecnología la solución a todos nuestros problemas?





An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A wide, light-brown dirt road or path winds through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and closely packed, with varying shades of green foliage. The overall scene is captured from a high angle, looking down into the canopy.

QUEREMOS UN MUNDO QUE ACTIVE UN NUEVO MODELO ENERGÉTICO SOSTENIBLE

por

Eugenio García-Calderón

Fundador de Light For Humanity

Rodrigo Irurzun

Experto en tecnología energética para el
desarrollo sostenible

Antes de la pandemia:

Cubrimos nuestra demanda creciente de energía a partir, fundamentalmente, de energías fósiles. El consumo de petróleo, gas natural y carbón, representa el 81% de la energía primaria a nivel mundial, y el 74% en el estado español. Si incluimos la energía nuclear (12% en el estado español, y 4,9% a nivel mundial), el resultado es que aproximadamente el 85% del consumo energético se satisface a partir de fuentes altamente contaminantes, y controladas por un puñado de empresas que ejercen su poder sobre gobiernos, prensa, y otros sectores económicos. El consumo energético no para de incrementarse, y aunque las energías renovables son la opción de crecimiento de la mayoría de los países y regiones, siguen representando un modelo centralizado en grandes instalaciones, y una pequeña porción en el mix energético.

En España, a principios de 2018, la esperanza por un cambio de modelo energético estaba presente, pero cabizbaja. Se acumulaban por entonces 10 años de parón en el desarrollo renovable en este país. Del cambio climático oíamos hablar de vez en cuando, como el cambio de hora de verano.

Para hacer frente a la crisis climática es necesario dejar gran parte de los combustibles fósiles bajo tierra, obligando a una transformación sin precedentes de sectores clave como el transporte o la industria. Debemos transitar rápidamente hacia un modelo basado en las energías renovables, pero puede ser inviable económica y ecológicamente mediante la simple sustitución de unas fuentes energéticas por otras. Desde numerosos entornos se reclaman además medidas muy ambiciosas de eficiencia energética, pero también de una reducción efectiva de nuestro consumo de energía mediante la transformación del modo de vida hacia otro que priorice el desarrollo social, local, basado en circuitos cortos de comercialización, y en una vida con ritmos menos acelerados.

Poco a poco, ese mismo 2018, aparecieron nuevos rayos de sol. Surgió el primer ministerio de Transición Energética. El autoconsumo energético compar-

tido se iba haciendo realidad, las cooperativas de energía renovable superaban los 100.000 contratos energéticos y los jóvenes dijeron basta y empezaron a movilizarse. Después del coronavirus, creo que entendemos el significado de la palabra colapso.



Durante la pandemia:

La emergencia sanitaria provocada por la pandemia del COVID-19 ha generado la paralización de muchos sectores económicos en la mayoría de los países, con un efecto directo y notable sobre el consumo de energía. En España, el consumo de electricidad ha sufrido un descenso de entre el 20% y el 25% como mínimo, mientras que las ventas de gasolinas y gasóleos se habrían reducido en un 41% y las de carburantes para aviación casi un 64%, según datos de CLH tras las primeras semanas de confinamiento. La contaminación atmosférica en las grandes urbes y sus entornos ha descendido de forma espectacular, así como las emisiones de CO₂. A medio plazo, la probable crisis económica tendrá como efecto que estas condiciones se perpetúen durante una temporada, pero vendrán acompañadas de desempleo y un descenso en la calidad de vida que sufrirán las personas más vulnerables de las sociedades.

El descenso en el consumo de combustibles, por otra parte, ha tenido como resultado el desplome del precio del petróleo, llegando el 21 de abril a cotizar en negativo en el mercado estadounidense. Podría aprovecharse, como muchos sectores están reclamando, para salir de esta crisis apostando por un modelo sostenible, basado en el ahorro, la eficiencia y las energías renovables. Pero también es posible que haya una “vuelta a la normalidad”, una vez superada la emergencia sanitaria, incluso aprovechando para rebajar criterios ambientales y conceder ayudas a industrias contaminantes, tal y como están pidiendo desde el sector de la automoción o el transporte aéreo.

Sin embargo, es posible que esta crisis nos haya aleccionado para la siguiente, la emergencia climática.

La naturaleza del ser humano es reaccionar después de haberse tropezado. Incapaz de esquivar la piedra, nos toca esperar a que el tropiezo sea lo suficientemente fuerte como para reaccionar, pero lo suficientemente leve como para no destruir por completo la vida de los más vulnerables.

Nos vamos a tropezar dentro de poco con esta piedra, una piedra que se llama insostenibilidad ecosocial.

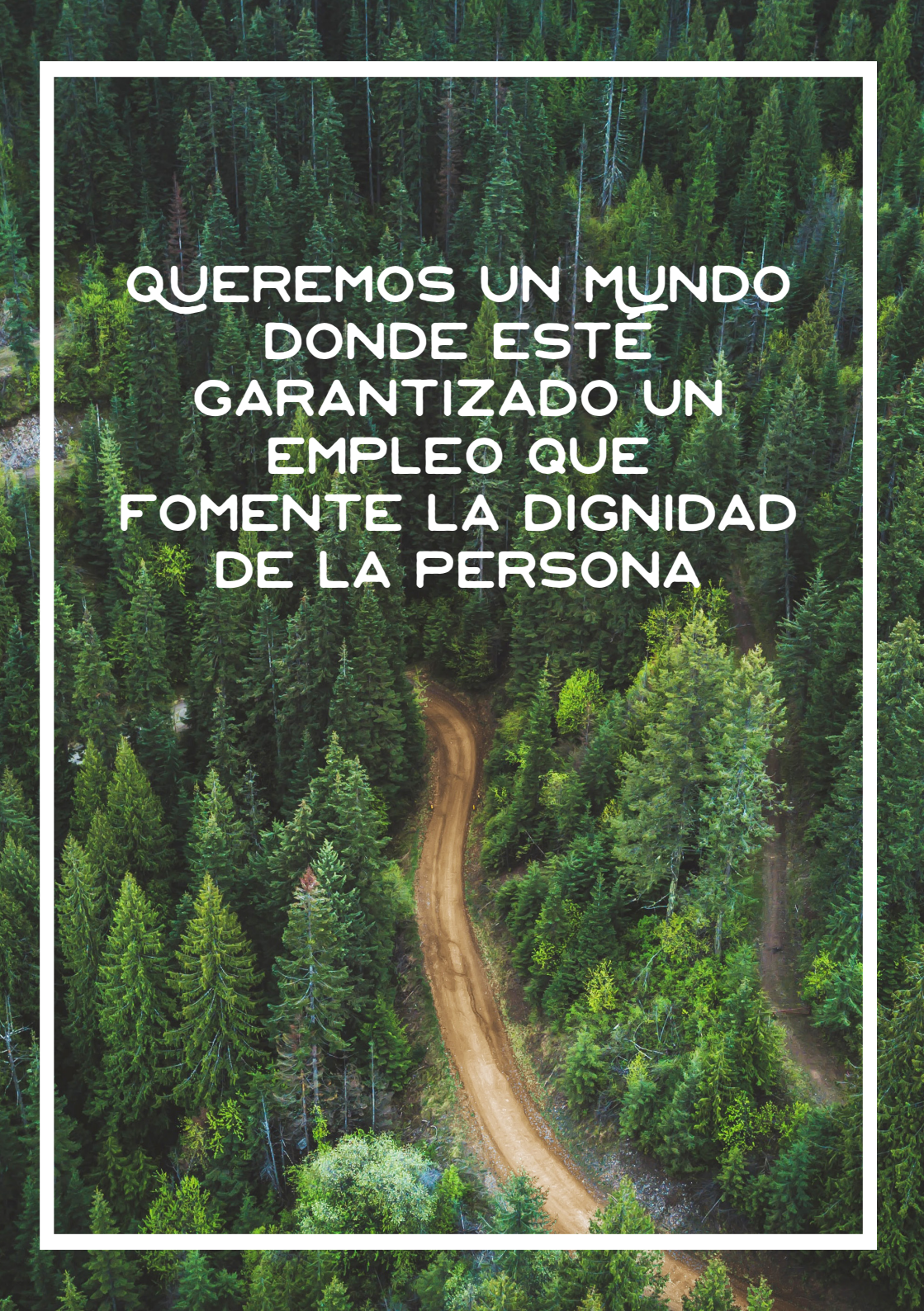
En cualquier caso, alivia experimentar en estos días de confinamiento la capacidad que tenemos como sociedad de pararlo todo si la causa merece la pena. Y la crisis climática amenaza algo tan básico como nuestra supervivencia. El nuevo modelo energético saldrá a flote tarde o temprano, nos va la vida en ello. Sin embargo este nuevo modelo por sí solo no podrá con esto, otros cambios tienen que acompañarle.

De como se aborde la salida de esta crisis dependerá que avancemos en escenarios de futuro más sostenibles, resilientes y que garanticen vidas dignas para las personas, en ciudades con bajos niveles de contaminación atmosférica, y capaces de hacer frente a retos globales como el cambio climático o la pérdida de biodiversidad. Por ello, sería conveniente realizarse algunas preguntas de cara a un futuro más o menos inmediato.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Necesitamos viajar a países lejanos, con el consumo de recursos que ello representa?
2. ¿Podría generalizarse el teletrabajo en muchos sectores, ahorrando así combustible y tiempos de desplazamiento, congestión en los transportes y facilitando la conciliación de la vida personal con la laboral?
3. ¿Existen actividades de bajo consumo energético y de recursos, que permiten el desarrollo personal, la creatividad, y la socialización?
4. Cuando seamos conscientes de la crisis climática, ¿estará mejor coordinada la sociedad gracias a la experiencia de haber sufrido una pandemia?

An aerial photograph of a dense, green forest. A wide, light-brown dirt road winds through the center of the image, curving from the top towards the bottom. The forest is composed of many tall, thin evergreen trees. The text is overlaid in the upper half of the image.

QUEREMOS UN MUNDO
DONDE ESTÉ
GARANTIZADO UN
EMPLEO QUE
FOMENTE LA DIGNIDAD
DE LA PERSONA

Antes de la pandemia:

El actual mercado de trabajo y el modelo empresarial que tenemos ha incrementado en los últimos 12-15 años el número de trabajadores/as pobres. Es un mercado de que se ha ido precarizando, a menudo las empresas han mantenido sus beneficios a costa de rebajar las condiciones laborales de sus trabajadores/as.

El discurso de que no hay mejor política social que la creación de empleo se ha demostrado falso. Entre muchas otras cosas, el número de trabajadores pobres los demuestra. Eso y que el incremento en el empleo no ha reducido la brecha de desigualdad, sino que ha aumentado.

Es curioso ver cómo muchos de los trabajos/actividades que se han considerado esenciales durante esta crisis, coinciden con trabajos mal remunerados y con peores condiciones laborales.

El mercado laboral actual cada vez más precarizado contribuye a crear desigualdad y aumenta la brecha entre quienes más tienen y quienes menos tienen. No se puede paliar las situaciones de extrema pobreza sin actuar sobre la extrema riqueza y el sistema actual genera extrema riqueza.



Durante la pandemia:

En el escenario post Covid-19 el empleo va a ser uno de los grandes problemas, se habla de un 19% de desempleo. Dicen que las crisis pueden ser generadoras de oportunidades. ¿Podría ser una oportunidad para cambiar el modelo de mercado de trabajo? ¿Para hacerlo más justo y que contribuya a reducir la desigualdad?

Será necesario un esfuerzo en la creación de empleo, en buscar nuevos nichos de empleo. El empleo verde puede generar muchos empleos en sectores hasta ahora desatendidos, sectores que no han tenido apoyo y que podrían generar miles de empleos. Pero la creación de empleo verde no puede ser en los mismos términos y con el mismo modelo que el actual, repitiendo los mismos errores, el empleo verde no debería contribuir a aumentar la desigualdad y la precarización del mercado de trabajo.

Puesta en valor de los cuidados en el mundo laboral desde dos perspectivas:

* Cuidado de las personas trabajadoras. Ya existen empresas que lo hacen, cuidan a sus empleados/as y el rendimiento y la productividad es mejor. Ese cuidado se traduce en buenas condiciones laborales, buen ambiente y buen trato, etc...

* El mundo de los cuidados como yacimiento (digno) de empleo. Actualmente no es un sector de empleo que se valore especialmente (como la informática, por ejemplo). Habría que empezar por valorarlo, reconocerlo como imprescindible. El empleo que se genere en torno al mundo de los cuidados tiene que ser empleo digno y las personas deben estar adecuadamente formadas.

¿Por qué valoramos mucho más a un/a informático/a que al personal que trabaja en las residencias? ¿O al que trabaja en cuidado a domicilio? ¿Sólo porque consideramos una formación superior a la otra?

Otra de las grandes puertas que ha abierto esta crisis es la del teletrabajo. Muchísimas personas se han podido continuar con su actividad laboral gracias a esta posibilidad. Esto ha constatado que es viable y que tiene muchos beneficios (de conciliación, contaminación, medioambientales...). También tiene sus carencias respecto a las relaciones sociales en el trabajo.

Hemos constatado que es posible mantener reuniones virtuales de forma habitual, y que esto supone un mejor aprovechamiento del tiempo de las personas y de recursos de movilidad que se ahorran.

Es una oportunidad para potenciarlo, pero necesita de una regulación y una pre-

paración tanto de los trabajadores y trabajadoras, como de las empresas (formación y medios fundamentalmente).

También es necesario un cambio en la cultura del trabajo. Las empresas deben confiar en los y las empleadas, no es necesario estar presencialmente para controlar el trabajo, y los y las empleadas tienen que asumir una responsabilidad individual. La opción de combinar teletrabajo y trabajo presencial sería una excelente opción para muchas personas.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Un incremento de la desigualdad es sostenible para una sociedad?
2. ¿Deberíamos considerar no solo el beneficio económico de una empresa, sino también el beneficio social?
3. El hecho de que los trabajos/actividades que se han considerado esenciales durante esta crisis coincidan con trabajos mal remunerados y con peores condiciones laborales, ¿no supone esto una contradicción de un modelo que valora y premia los empleos no en función de su utilidad social sino del rendimiento/beneficios puramente económicos?
4. ¿Nos sirve este modelo empresarial? ¿Nos sirven cualquier tipo de empresas? ¿Es posible cambiar/mejorar el modelo empresarial exigiendo criterios sociales?
5. ¿Toda actividad es susceptible de generar un gran beneficio (normalmente poco repartido)? (Pensemos en la salud, los cuidados, la dependencia, la educación...)
6. ¿Sería factible limitar los beneficios de las empresas en actividades que responden a derechos humanos?
7. ¿Por qué creemos que en los últimos 12-15 años se ha incrementado el número de trabajadores/as pobres?
8. ¿Aceptamos esta precarización del mundo laboral para que las empresas sigan siendo no ya sostenibles, si no que hayan incrementado sus beneficios?
9. ¿Nos vemos capaces de teletrabajar?



QUEREMOS UN MUNDO EN EL QUE LA SALUD GLOBAL ESTÉ GARANTIZADA Y SEA ACCESIBLE PARA CUALQUIER PERSONA

por

Eva Iráizoz

Farmacéutica especialista en
salud global y acceso a medicamentos

Elena Marbán

Farmacéutica especialista en
Investigadora predoctoral en ISGlobal

Antes de la pandemia:

Entre 2014 y 2016 el virus del Ébola se cobró la vida de más de 11.000 personas solo en Liberia, Sierra Leona y Guinea. La crisis del Ébola nos estremeció, pero nos dejó un poso casi anecdótico. El último brote en República Democrática del Congo ha dejado hasta el momento 2.266 muertes. Algo parecido ocurrió con el Zika en 2016. Se estima que, en Brasil y Colombia, nacieron 4.000 bebés afectados por síndrome de Zika congénito. La epidemia afectó a cientos de países, pero, aunque nos aterrorizó el hecho de que pudiera propagarse por “acá”, pronto vimos cómo las principales consecuencias seguían “allá”: una generación de niños y niñas con minusvalías físicas y psíquicas que aún desconocemos y un empobrecimiento agravado de sus familias.

Los coronavirus son viejos conocidos para la comunidad científica. Por ejemplo, las epidemias de SARS y MERS en 2003 y 2019, respectivamente, fueron también causadas por otros coronavirus y de ellas sabemos poco o nada porque conservábamos esa seguridad propia del occidente rico, si bien es cierto que las epidemias y brotes más letales azotan con mayor fuerza a las personas más vulnerables del planeta. Más de 800.000 muertes por neumonía ocurren cada año en niños y niñas menores de cinco años y todavía decenas de millones de pequeños no tienen acceso a las vacunas que les protegerían. La malaria causa la muerte de 400.000 personas anualmente, principalmente en países de África Subsahariana. Chagas, zika, leishmania... Las llamadas “enfermedades de la pobreza” se llaman así por algo. Nos duelen menos, nos importan menos y nadie las investiga porque no son económicamente “tan rentables”.



Durante la pandemia:

Hoy el escenario COVID-19 es, sin duda, desolador en todo el mundo y nos recuerda que la salud es un asunto global y que esos temidos seres microscópicos no entienden de fronteras. Las cifras hablan por sí mismas aunque con certeza están infraestimadas. Precisamente la falta de datos fiables sobre los casos y las muertes ha sido, es y será uno de los grandes retos y añade complejidad y dificulta el control de la pandemia.

Al mismo tiempo, la respuesta internacional en términos de colaboración y coordinación ha sido escasa, bajo un clima tenso de desconfianza entre las grandes potencias mundiales y se ha echado de menos, además, una respuesta más sensible a los distintos contextos. No todas las personas partimos de la misma situación ni sufriremos las consecuencias de igual manera. La salud va más allá de lo estrictamente sanitario y las medidas deberían adaptarse a las diferentes situaciones y condiciones de vida. ¿Cómo lavarse las manos sin tener acceso a agua potable? ¿Puede quedarse en casa quién debe salir a trabajar para subsistir? ¿Es posible el distanciamiento social en un campo de refugiados? ¿Y qué pasa con las mujeres que están conviviendo confinadas con sus maltratadores? ¿Quiénes asumen los cuidados de personas enfermas y de sus hijo/as? Obviar todas estas cuestiones, no solo es peligroso, sino que se aleja de la mirada transversal, multidisciplinar, con perspectiva de género y sensible a los determinantes sociales que cualquier medida de salud pública debería tener.

Es esta misma mirada estrecha y limitada, la que aún nos impide ser conscientes de que la salud humana vive en íntima relación con la salud del planeta. Desde esta interdependencia se explica también el origen de nuevos patógenos y saltos entre especies que son el resultado de la degradación ambiental y de los impactos negativos que tienen los cambios de uso de la tierra y algunas prácticas agrícolas para la producción alimentos o biocombustibles.

En un plano diferente, esta pandemia constata una vez más que el modelo de I+D+i biomédico tiene que repensarse y que es necesario apostar por

áreas de investigación, como las enfermedades infecciosas o la Salud Pública, que son habitualmente abandonadas por ser nichos de mercado poco interesantes para la industria farmacéutica. Un mercado en el que las patentes, los monopolios y las carreras comerciales están por encima de las personas. Esta forma de funcionar dificulta la asequibilidad y disponibilidad de tratamientos, vacunas o diagnósticos y es ineficaz, pues genera duplicación del conocimiento cuando lo más inteligente sería poner en común los esfuerzos para avanzar más rápido. En este sentido, los gobiernos poseen las herramientas necesarias para eliminar estas barreras y garantizar que cualquier tratamiento o vacuna prometedora lleguen a todo el mundo, más aún cuando la mayor parte de la investigación que se está realizando en COVID-19 cuenta con una gran inyección de dinero público.

En definitiva, hoy parece que somos más conscientes de que la salud debe estar en el centro de todas las políticas y que también todas las disciplinas deben impregnar la salud. Que la salud es un bien común que debemos proteger, que los sistemas públicos son los pilares fundamentales de una sociedad justa y que es imprescindible fortalecerlos con los recursos suficientes para que nadie quede atrás. En España, “uno de los mejores” sistemas sanitarios del mundo ha mostrado sus fragilidades y sus grietas, evidenciando que debilitarlo y poner en juego su universalidad no sólo es injusto sino que es poco inteligente, igual que lo es disminuir el apoyo, la coordinación y la financiación de la investigación pública.

Con muchas cuestiones abiertas y muy pocas certezas, se nos presenta una oportunidad única de plantearnos algunas preguntas desde el ámbito de la Salud Global.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. Reconociendo la importancia de reforzar los servicios públicos a todos los niveles y, específicamente, los servicios públicos de salud: ¿Cuáles serán los principales focos en la defensa de los sistemas públicos de salud, de forma que integren la salud preventiva y comunitaria como ejes fundamentales con una mirada sensible desde los determinantes sociales de la salud? ¿Cómo disminuir la

brecha de inequidad sanitaria que favorece la vulnerabilidad de algunas comunidades? ¿Estamos preparados/as para pensar en una ciencia para que integre las preguntas de la ciudadanía?

2. Es necesario repensar las medidas tomadas frente a la pandemia. ¿Cómo integrar los determinantes sociales y la perspectiva de género en la respuesta sanitaria y social? ¿Estamos pensando en las consecuencias del confinamiento en la salud mental de las poblaciones? ¿Cómo afectará a la socialización y el desarrollo de niños y niñas? ¿Cómo podrían haberse planteado las medidas sin afectar de manera tan brutal a la salud física, teniendo en cuenta la enorme prevalencia global de enfermedades cardiovasculares, obesidad o diabetes?

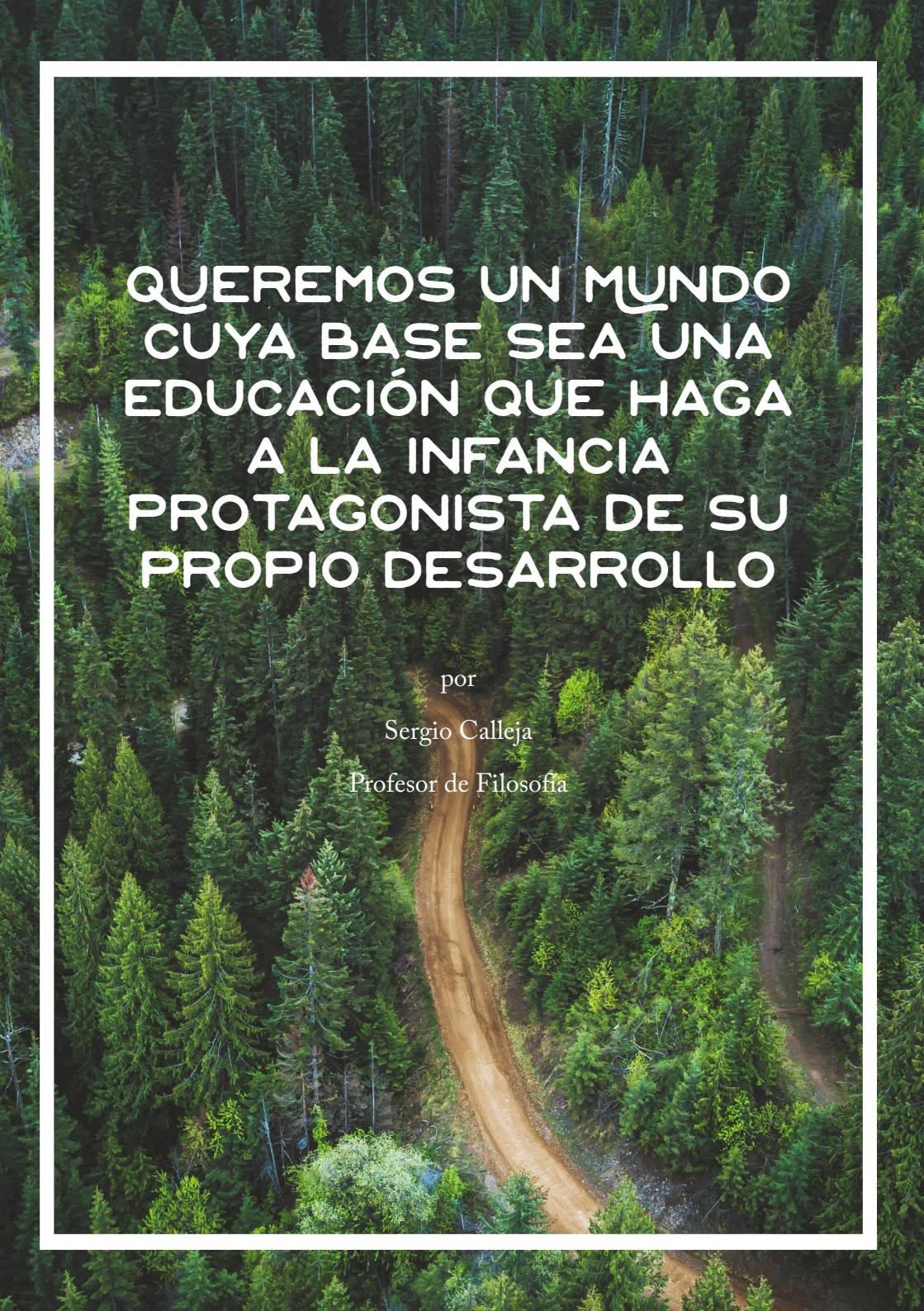
3. El acceso global a los medicamentos, vacunas, diagnósticos y otros productos sanitarios está en juego. ¿Serán los gobiernos valientes a la hora de tomar medidas que limiten los monopolios y las patentes, salvaguarden la inversión pública y, en definitiva, hagan todo lo que esté a su alcance para garantizar que los nuevos tratamientos y vacunas para COVID-19 lleguen a todas las personas que lo necesiten en cada rincón del mundo?

4. Siendo conscientes de nuestra interdependencia global, ¿cómo sensibilizar y movilizar más y mejor en torno a los conceptos de “Una Salud” y “Salud Planetaria”?

5. Frente a las narrativas del odio y la crispación, la generación de desconfianza en las instituciones sanitarias, en los gobiernos y en la Organización Mundial de la Salud: ¿cómo aprovechar el caldo de cultivo social que apuesta por la unión, el reconocimiento y la colaboración fraterna? ¿Cómo eliminar el racismo y la estigmatización de la enfermedad que generan división? ¿Cómo mejorar la comunicación en salud para tener una ciudadanía informada y empoderada sin alarmar, crear miedo, alarma y disgregación? ¿Cómo construir desde la sociedad civil discursos de esperanza crítica en la comunidad global?





An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A wide, winding dirt road or path cuts through the center of the forest, leading from the bottom towards the top. The trees are tall and closely packed, with varying shades of green. The overall scene is serene and natural.

QUEREMOS UN MUNDO CUYA BASE SEA UNA EDUCACIÓN QUE HAGA A LA INFANCIA PROTAGONISTA DE SU PROPIO DESARROLLO

por

Sergio Calleja

Profesor de Filosofía

Antes de la pandemia:

Es evidente que la educación es uno de los pilares fundamentales para el desarrollo de cualquier sociedad y, sin embargo, es igual de evidente que no es una prioridad para los gobiernos.

El planteamiento educativo que tenemos en el S. XXI está desenfocado, ya no sirve. Es un planteamiento centrado en los contenidos con un currículo abrumador, fragmentario, descontextualizado y repetitivo. Se sigue dando mucho peso e importancia a la nota y a la calificación cuando sabemos que un número no dice nada y no evidencia que el alumno haya aprendido, sino que ha memorizado. El fin es conseguir “títulos” (cuantos más mejor) y “llenar” la cabeza de contenidos para educar “personas sabias”.

En los últimos años ha habido una oleada muy interesante de innovación educativa, una apuesta por metodologías activas basada en nuevos planteamientos y nuevas herramientas. Un planteamiento que no se centra tanto en educar a “alumnos sabios” sino “alumnos competentes”. Este cambio ha sido protagonizado por profesores ilusionados y convencidos de que otra educación es posible. Es admirable el esfuerzo, la formación y el trabajo de muchos profesores por pura iniciativa, por puro compromiso con la sociedad, por pura vocación; pero sin un respaldo oficial por parte de la administración que apoye y fundamente esta forma de entender la educación no es suficiente para que la educación experimente el cambio necesario.



Durante la pandemia:

Con motivo del cierre de los colegios los profesores nos hemos tenido que reinventar de forma rápida e inmediata. No estábamos preparados (ni profe-

sores ni alumnos) para “continuar con normalidad” el ritmo de enseñanza-aprendizaje. Esto ha supuesto para toda la comunidad educativa mucho esfuerzo, mucha incertidumbre, mucha improvisación y ha suscitado preguntas de gran calado. El debate educativo tan interesante que ha surgido en tiempo de pandemia sólo evidencia el problema de desenfoque que ya existía antes. Ojalá este tiempo nos sirva para replantearnos la educación y centrarnos en lo verdaderamente importante. Al final ha sido un virus y no un experto pedagogo, quien ha hecho temblar los pilares de un sistema educativo que agonizaba y nos haya enseñado la verdadera esencia de la educación: educar para la vida.

Es urgente un sistema educativo que ponga al niño, adolescente y joven en el centro. Que ayude a que el alumno bucee en su interior para que él mismo pueda descubrir sus capacidades, sus pasiones y el lugar que quiere ocupar en el mundo. Una educación orientada a formar hombres y mujeres competentes, críticos y emocionalmente fuertes.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Cuál debe ser el fin de la educación?
2. ¿Qué queremos que los alumnos aprendan en las aulas?
3. ¿Qué es ser inteligente?
4. ¿Cómo estamos formando a los maestros y profesores del futuro?
5. ¿Qué metodologías son las más apropiadas para educar a niños, adolescente y jóvenes?





An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A wide, winding dirt road or path cuts through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and closely packed, with varying shades of green. The overall scene is serene and natural.

QUEREMOS UN MUNDO EN EL QUE LA CULTURA SEA SOSTENIBLE, ACCESIBLE Y ESTABLE

por

Alma Guerra

Gestora cultural y coordinadora de
programas expositivos y editoriales

Paloma Linés

Historiadora del Arte y gestora culturales

Antes de la pandemia:

Tras la crisis de 2008, los datos de empleo cultural y de creación de empresas culturales empezaban a dar tranquilidad a este sector. Si bien, las condiciones de precariedad de muchos de los trabajadores del ámbito de la cultura eran una cuestión preocupante, iniciativas, como por ejemplo, el desarrollo del 'Estatuto del artista' comenzaba a dar esperanza respecto a un apoyo institucional hacia los creadores.

Desafortunadamente, estas medidas no han podido verse consolidadas debido al parón que ha supuesto la crisis de la Covid-19, y las previsiones advierten que la situación del sector cultural en esta nueva crisis podrá tener peores consecuencias que las causadas por la anterior. Esta situación es especialmente grave para los creadores autónomos y para las PYMES. No olvidemos que la mayoría de las empresas culturales de nueva creación tienen entre uno y tres empleados y actúan como proveedores de la Administración Pública, desde la mediación cultural hasta la prestación de servicios en la programación de artes escénicas.

Por otro lado, la cultura está sometida a una dictadura de los números. En la actualidad, el modelo de valoración de éxito de los programas culturales es medido en el número de visitantes, asistentes y en su recaudación, sin reparar en otros indicadores como el impacto de ese programa en su entorno. Así, por ejemplo, en el sector museístico, los museos más reputados son los más visitados, convirtiéndose en la piedra angular de un consumismo cultural masificado. Esto ha llevado a exposiciones temporales de alto coste y temáticas manidas, con el fin de atraer al mayor número de público. Por otro lado, el intercambio de obras de arte para exposiciones temporales ha sido clave en la política museística de los últimos años, sin embargo estos movimientos son los más perjudiciales en la conservación de los bienes culturales. Aún no sabemos el daño que estamos infligiendo a las obras de arte (el tiempo lo dirá).

Esta tiranía de las cifras se refleja también en otros sectores, como en el

editorial, las artes en vivo, o en la industria cinematográfica. Lo que supone una dificultad añadida para los nuevos creadores a la hora consolidarse profesionalmente en el sector cultural. La búsqueda de un producto monetizable y el retorno económico priman, en muchas ocasiones, por encima de la originalidad de la creación artística.

Otra de las peculiaridades del sector cultural es su concentración en grandes núcleos poblacionales, con un contenido y un enfoque mayoritariamente urbano y “mainstream”. Esta realidad, tan basada en las grandes ciudades, ha generado un movimiento reaccionario que reivindica la descentralización cultural, la defensa y la recuperación de otros modelos culturales.



Durante la pandemia:

Esta situación de confinamiento ha demostrado el gran valor e impacto que tiene en nuestras vidas la cultura. Se puede decir que ha habido un descubrimiento generalizado de que la cultura es un bien de primera necesidad, al servicio de la sociedad, no como ocio exclusivamente, sino como terapia, como evasión o como medio de reflexión.

Ya que parte importante del disfrute de la cultura en nuestra sociedad implica una experiencia colectiva (festivales de música, una proyección de cine, una representación teatral...), la realidad del confinamiento ha forzado un cambio radical en nuestra manera de entender, disfrutar y compartir la cultura.

Por ello, todos los agentes se han volcado, con inmensa generosidad y creatividad, para ofrecer contenidos culturales de acceso online. Los artistas se han autoorganizado, ya sea publicando contenido gratuito, organizando conciertos, recitales de poesía, charlas en directo o creando obra puesta a la venta o subastada, cuyos fondos se han donado a los afectados por la Covid-19. El esfuerzo por digitalizar contenidos ya existentes por parte de las instituciones y por crear programas digitales con temática cultural está siendo un ejemplo de superación constante.

Esto, en parte, continúa la senda de implementar el acceso al contenido cultural en las zonas rurales, alejadas de las grandes urbes, como ya hicieron las plataformas digitales como Filmin o Spotify.

Pero esta situación también ha agudizado la precarización del sector. Las pequeñas y medianas empresas están en una situación límite. Mucho pequeño comercio como algunas librerías no van a poder reabrir, y en cuanto a los creadores autónomos, gran parte ha dejado de facturar y ha visto cancelados o mermados sus proyectos.

Atendiendo a los museos, durante una temporada van a tener que olvidarse de exposiciones multitudinarias y de salas abarrotadas de gente. Además, la caída del turismo afectará a los ingresos por las entradas. Por no hablar del préstamo bibliotecario o la consulta en archivos históricos, que deberán tomar medidas nunca vistas para prevenir el contagio entre sus usuarios.

En artes escénicas, la reducción de aforos plantea la cuestión de si es viable para los teatros programar espectáculos con un público escaso.

Urge buscar un modelo sostenible, accesible y estable en el tiempo para los creadores y las instituciones, pues la cultura es un bien de primera necesidad.

En un momento repleto de incertidumbres, en el ya de por sí inestable mundo de la cultura, nos tocará dar respuesta a infinitas cuestiones de las que nos permitimos destacar las siguientes.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. Como se ha mencionado anteriormente, el sistema que impera en cuanto a valoración de programas culturales se basa en las cifras, tanto de visitantes y asistentes como de recaudación económica. No obstante, en un artículo publicado en el periódico El País el pasado 13 de abril de 2020, Miguel Zugaza, actual di-

rector del Museo de Bellas Artes de Bilbao afirma que “los museos turísticos se resentirán sin duda a corto plazo, pero seguramente les ayudará a reencontrarse con su alma más pura, alejada de los intereses mercantiles y materiales”.

¿Lograremos cambiar la manera de medir el éxito de los programas culturales, dejando a un lado la parte cuantitativa, en favor de la experiencia del público? ¿Se conseguirá una forma de valoración que atienda al impacto en la cohesión social, en la riqueza cultural y/o en la innovación?

2. En relación con el epígrafe anterior, con la llamada “nueva normalidad” ¿se cambiará el modelo de turismo cultural de masas por uno más sostenible y dirigido a un público local? En el ámbito de la programación ¿se apostará por la cultura de kilómetro cero, visibilizando programas y artistas más locales y menos internacionales? Y a la hora de consumir ¿el consumidor apoyará el pequeño comercio como, por ejemplo, las librerías?

3. ¿Hasta qué punto un acceso gratuito a material virtual es sostenible para los creadores a largo plazo? Una vez superada la crisis ¿Debería permanecer el acceso gratuito a los contenidos digitales que se han liberado en este periodo? Concursos, obras de teatro, visitas virtuales...

4. Esta experiencia virtual remite al viejo debate del lugar que ocupa la obra de arte original frente a la contemplación de una reproducción o de una copia. O en este caso, de la experiencia vivida al contemplar en directo una obra artística frente la asistencia virtual. Lo que nos lleva a pensar ¿Qué lugar ocupará a partir de ahora la realidad virtual como solución a la asistencia en grandes citas culturales? ¿Conseguirá esta realidad virtual ofrecer una experiencia de calidad?, ¿o no conseguiremos sustituir esa experiencia única que se siente al ver una obra, un concierto, o un espectáculo en vivo?

5. Y por último, aunque no por ello menos importante, cuando recuperemos la libertad de movimiento y se ponga fin al confinamiento ¿seguiremos viendo la cultura como un bien de primera necesidad en cuanto la sociedad pueda volver a ocupar su ocio con el consumismo?



An aerial photograph of a dense evergreen forest. A wide, winding dirt road cuts through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and green, with some bare branches visible. The overall scene is lush and natural.

QUEREMOS UN MUNDO DONDE SE EXIJAN, SE CUMPLAN Y SE AMPLÍEN LOS DERECHOS HUMANOS

por

Violeta Assiego

Investigadora sobre vulnerabilidad social

y Derechos Humanos

Antes de la pandemia:

Los derechos humanos son inalienables. Esta afirmación, aparentemente teórica y que tantas veces hemos repetido al describir las características de los derechos humanos, cobra ahora, en esta crisis de la Covid 19, un enorme valor y una gran importancia.

Decir que los derechos humanos son inalienables significa señalar que son intocables, que ningún Estado, gobierno o administración puede despojar de ellos a nadie. Indicar que son inalienables –además de universales, indivisibles, irrenunciables e imprescriptibles– es defender una lógica en la que los derechos políticos, civiles, económicos, sociales y culturales deben permear en las Constituciones, leyes y políticas públicas porque tienen un valor absoluto. Los Estados están obligados a gobernar respetando, garantizando y protegiendo la dignidad de las personas sin discriminación ni limitación ninguna.

No obstante, hay dos circunstancias excepcionales, muy excepcionales, por las que los derechos humanos pueden condicionarse de formas diferentes en función de la figura jurídica que se utilice. Cuando esto sucede es imprescindible que los gobiernos preserven los principios de necesidad, proporcionalidad y precaución. Es decir, desplieguen una serie de garantías innegociables que eviten que la limitación excepcional de derechos dentro de los Estados conlleve un uso arbitrario y abusivo de la fuerza, el control y el poder por parte de representantes políticos, agentes estatales (ejércitos, fuerzas y cuerpos de seguridad) o paraestatales (organizaciones o particulares).

Esos dos motivos que pueden afectar a la inalienabilidad de los derechos humanos son, por un lado, la Seguridad Nacional y, por otro, la Salud Pública. Apelar a cualquiera de estas dos situaciones solo es posible, desde la lógica de los Derechos Humanos, cuando hay razones objetivas y los organismos expertos (nacionales internacionales) así lo avalan. No basta que los gobiernos los invoquen unilateralmente de forma caprichosa, partidista e indefinida.

Durante la pandemia:

La pandemia de la Covid 19 es un problema sanitario de tal envergadura que puede considerarse de manera objetiva como un problema de Salud Pública que exige la adopción de medidas excepcionales. Ahora el cómo y a través de qué instrumentos es muy importante.

Partiendo de la premisa de que estamos ante un escenario excepcional de alerta sanitaria, debemos tener muy presente que esta situación no puede servir para normalizar el uso de leyes que restrinjan, vulneren o recorten derechos. La declaración del estado de alerta, en el caso de España, no puede servir para instaurar de facto un régimen de control y vigilancia social. En este sentido, es importante subrayar que la declaración del estado de alarma en nuestro país, a través de Real Decreto 463/2020 (de 14 de marzo) no ha suspendido ninguno de los derechos fundamentales recogidos en nuestra Constitución.

Tal y como recuerda la organizació No Somos Delito, ni el derecho a la vida y a la integridad física y moral (artículo 15), el derecho a la intimidad (artículo 18.1), la inviolabilidad del domicilio (artículo 18.2), el secreto de las comunicaciones (artículo 18.3), la libertad de residencia y circulación (artículo 19), la libertad de expresión y libertad de información (artículo 20.1, a y d), el derecho de reunión y manifestación (artículo 21) o derecho de huelga (artículo 28.2) están derogados por el estado de alarma. Sí se están viendo afectados por las medidas de confinamiento el derecho a la libre circulación y el derecho de reunión, pero no suspendidos.

Sin embargo, el manejo de la crisis por parte del Ministerio del Interior y de los mandos policiales ha dejado una huella preocupante tras estas semanas de estado de alarma. En gran parte a consecuencia de la aplicación de la polémica Ley de Seguridad Ciudadana (más conocida como Ley Mordaza) como mecanismo legal para controlar el cumplimiento de las medidas de confinamiento.

Los datos que se tienen hasta ahora señalan que el número de sanciones incoadas por parte de los agentes policiales ha superado a la cifra total de sancio-

nes que se interpusieron desde la vigencia de esta ley. Además, su aplicación ha normalizado inquietantemente entre algunos miembros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad una cultura punitivista y de represión que ha dado pie a multitud de arbitrariedades que deberán ser recurridas en cuanto se notifiquen esas sanciones. Asimismo, se ha potenciado un clima de criminalización hacia los mal llamados “desobedientes o insolidarios” que ha provocado multitud de situaciones hostiles que atentan contra la dignidad y los derechos de las personas que se han visto señaladas por sus propios vecinos y conciudadanos.

La creación de ese clima de vigilancia policial y control social es en extremo peligroso en el contexto de crisis social y económica en el que se adentra la sociedad española. En este sentido es necesario recordar que incumplir las medidas de confinamiento del estado de alarma no son un delito sino una infracción administrativa recurrible. Asimismo, en estos contextos donde se potencia el punitivismo por encima de la pedagogía son los colectivos especialmente vulnerables los más expuestos a la discrecionalidad y la violencia policial y vecinal. Riesgos lo suficientemente importantes como para que desde las administraciones públicas se piensen otras fórmulas más acordes a una crisis sanitaria y social y no tanto a problemas de orden público inexistentes.

Para hacer frente a los riesgos inherentes a esos patrones de vigilancia policial y control social, que en el caso de España vienen amparados por la Ley de Seguridad Ciudadana que ya debía haber sido derogada, es necesario que el Estado adopten medidas que garanticen a la ciudadanía de manera clara y efectiva, sin realizar ningún tipo de discriminación. Entre estas:

* Garantizar el acceso a información crucial a toda la población como parte de nuestro derecho a buscar, recibir y difundir información objetiva, fiable y veraz. Atendiendo especialmente a aquella que permite a las personas puedan acceder a sus derechos económicos, sociales, culturales, políticos y civiles, uno de los ámbitos clave para materializar el escudo social e impedir que se agrave la pobreza y la desigualdad. Esta información deberá ser clara, comprensible y disponible en varios idiomas, incluso para aquellos con poca o ninguna competencia en lectura y escritura.

* Garantizar el principio de proporcionalidad y necesidad en todas las

acciones de protección dirigidos a proteger la salud de los ciudadanos y contener la progresión de la enfermedad. A tal efecto es necesario que se regulen mecanismos de revisión, control y transparencia que garanticen esa proporcionalidad y necesidad en las actuaciones que se adopten para que se cumplan las medidas del estado de alarma.

* Garantizar la igualdad de trato a la ciudadanía, la no discriminación y el respeto a la dignidad humana en la aplicación de las medidas de seguimiento al cumplimiento del estado de alarma para evitar actuaciones discrecionales y abusos de autoridad hacia las personas que pertenecen a los grupos más vulnerables a la discriminación y las retóricas de odio. Establecer mecanismos de investigación y garantías de no repetición en caso de que estos tengan lugar.

* Garantizar los derechos sociales, económicos y culturales que, en este contexto de crisis sanitaria, adquieren un nuevo significado si no se quiere que la crisis sanitaria de la COVID-19 conlleve un riesgo severo del aumento de las desigualdades sociales, de la pobreza y de la exclusión social. Las medidas que se adopten deben formar parte de un diseño estratégico de políticas públicas que inviertan e impulsen los servicios públicos con planes a corto, medio y largo plazo donde se prime la lógica de derechos humanos frente a la lógica del mercado.

Más allá de las observaciones y recomendaciones que se vienen realizando desde multitud de organismos internacionales (como Naciones Unidas o la Comisión Europea), nacionales (como el Defensor del Pueblo) u organizaciones de derechos humanos (como Amnistía Internacional o Human Rights) esta crisis deja entre la población que vive en España una serie de secuelas que deben ser miradas y atendidas de forma transversal. De cómo se interpreten e instrumentalicen por parte del gobierno y las distintas fuerzas políticas dependerán en gran medida las otras restricciones de derechos que pretendan justificarse en ellas.

Entre estas secuelas que nos deja la pandemia destacan las de haber vivido bajo un sistema de mayor control social con la atribución que se puede hacerse al hecho de que haya sido esa vigilancia policial la que ha garantizado el control de la epidemia. Asociar la restricción de movimientos y limitación de derechos a la cultura punitiva entraña graves riesgos para nuestra salud democrática.

Otra de las secuelas son las vinculadas al desgaste emocional que la enfermedad deja en un porcentaje muy grande población. Tanto entre quienes han pasado la COVID-19 como entre quienes adoptan medidas de protección para no contagiarse; entre quienes han perdido a sus seres queridos sin poder acompañarlos ni despedirlos, como entre quienes han estado en los centros neurálgicos de atención de la crisis y se han visto expuestos a un estrés emocional y personal sin precedentes.

Por ultimo, nos queda por analizar las secuelas que esta crisis sanitaria dejará en los derechos frente a la mayor vulnerabilidad y fragilidad en la que se encuentra un porcentaje muy alto de la población a la que, desde el primer día del estado de alarma, su situación personal, familiar, laboral y económica se ha visto afectada o agravada de una forma impredecible y traumática.

Tras esta crisis sanitaria que todavía no ha acabado, miramos hacia adelante tratando de zafarnos del miedo y emprendiendo nuevos procesos de aprendizaje y crecimiento como individuos y sociedad. Procesos en los que la lógica de los derechos y los cuidados tendrán que abrirse paso en un momento donde las mentiras, los insultos y las dinámicas de acoso obstaculizan la convivencia y el diálogo. A diferencia de la última crisis mundial similar a esta, la Segunda Guerra Mundial, contamos con el conocimiento, la experiencia y la legitimidad que nos da llevar más de medio siglo desarrollando instrumentos, normativas y organización en torno a la defensa y la lucha por los derechos humanos. Toca seguir.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Cuáles son las herramientas y mecanismos de transparencia con los que contamos y cuáles vamos a necesitamos para para que las administraciones públicas y los gobiernos establezcan las garantías mencionadas en este capítulo?
2. ¿Hasta qué punto eres consciente de cuáles son tus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales? ¿Los conoces?

3. Durante la pandemia las trabajadoras del hogar se han movilizado para luchar por sus derechos, ¿podrías mencionar al menos otras cinco iniciativas lideradas por los propios titulares de derechos que han alzado su voz en esta crisis para reivindicar un trato justo y digno?

4. Señala al menos cinco retos en materia de derechos humanos a los que os enfrentáis en el lugar donde vives, tanto durante el tiempo de confinamiento como a lo largo de este año 2020. Trata de concretar las situaciones que van a dar pie a esas vulneraciones de derechos, señala en qué medida y qué derechos están interrelacionados. Por ejemplo, la falta de acceso de muchos niños y niñas a una conexión de internet o a un ordenador dificulta que puedan seguir el ritmo de la clase (derecho a la educación), ha afectado a que pudieran relacionarse con otros iguales (derecho al juego), afecta a su estado de ánimo (derecho al más alto nivel de salud), etc.

5. Muchas violencias están agravándose en estos momentos, ¿sabrías decir por qué es así? Elige entre una de estas situaciones de violencia para justificar tu respuesta: la violencia machista, la violencia sexual que sufre la infancia, la violencia lgtbfóbica que proviene de familias que no aceptan que sus hijas e hijos sean LGTBI, la violencia racista que proviene por parte de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, el maltrato familiar, la violencia burocrática, el acoso inmobiliario, la explotación laboral o la trata de personas con fines de explotación sexual.

6. Si tuvieras que decir en una frase por qué es importante defender los derechos humanos en estos tiempos de crisis por la Covid 19, ¿qué dirías?





An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A wide, winding dirt road or path cuts through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and closely packed, with varying shades of green. The overall scene is serene and natural.

QUEREMOS UN MUNDO INCLUSIVO, QUE NO DEJE A NADIE EN LOS MÁRGENES

por

Daniel García

Aliado en ATD Cuarto Mundo

María Villarta

Comunicación y sensibilización en

ONG

Antes de la pandemia:

En su informe del mes de febrero, el Relator Especial de pobreza y derechos humanos de Naciones Unidas decía tras su visita a España: “la palabra que he escuchado con más frecuencia (...) es ‘abandonados’. (...) España les está fallando por completo a las personas que viven en la pobreza (...), a pesar de que está prosperando económicamente, demasiadas personas siguen pasando apuros”. Y remachaba: “he visitado lugares que sospecho que muchos españoles no reconocerían como parte de su país”.

Por otra parte, el pasado mes de octubre EAPN publicaba su informe anual de seguimiento del indicador AROPE sobre el estado de la pobreza en España. El estudio afirmaba que el 26,1% de la población en nuestro país se encontraba en situación de pobreza o exclusión social. Esto eran 12,3 millones de personas en aquellos momentos.

La pobreza tiene muchos rostros, pero escuchamos poco las voces de quienes la sufren. Algunas veces les miramos impasibles, les ignoramos o, incluso, les criminalizamos por vivir como viven. Otras veces les victimizamos sin darnos cuenta de la fortaleza y la creatividad que hay que tener para vivir prácticamente al día. Sin embargo -por lo general- no sabemos muy bien cómo se llega o cómo se sale de una situación de exclusión porque no nos paramos a escuchar, así que ponemos parches con soluciones cortoplacistas que no responden a necesidades reales, que limitan la autonomía de las personas y encima resultan más costosas económicamente a largo plazo.

En vez de reconocer y apoyar sus esfuerzos se les culpa de su situación, negándoles la posibilidad de salir adelante y de ayudarnos a transformar la sociedad de manera más justa y respetuosa con los derechos humanos. Cuando nos señalan el incumplimiento del derecho a la vivienda, les denunciemos por buscar un cobijo; cuando nos hablan de la necesidad de disponer de un ingreso vital digno, se les acusa de ser parásitos sociales sin reconocer sus aportaciones a

la sociedad a través de trabajos invisibilizados; cuando migran escapando de la desesperación y la falta de alternativas, les cerramos las puertas, salvo las de los centros de internamiento. Su existencia parece molestar a la sociedad en general, que enfoca sus esfuerzos en controlar a estas poblaciones a las que no reconoce como tales, tratándoles como si fueran individuos aislados, casos excepcionales.



Durante la pandemia:

Y sobre esta situación de partida golpea ahora la crisis del coronavirus. Con ella se agravan aún más las dinámicas que ya sufrían las personas que previamente estaban en situación de pobreza, promoviendo una mayor victimización e impotencia al reforzar algunos mensajes clave:

a) “Otros lo necesitan más”: se les dice que la emergencia implica ayudar a quienes ahora caen, y que su situación no ha cambiado, que ya eran pobres antes... Pero María vive de la comida que le dan en un bar cerca de su casa y de lo que recupera de los contenedores desde que le cortaron la Renta Mínima de Inserción, Adela de la chatarra, Fernando de la venta ambulante informal... ¿de verdad no ha cambiado su situación?

b) “Reparto de migajas”: las respuestas que se van poniendo en marcha (ayudas alimentarias, tarjetas) parecen centrarse más en hacer publicidad de empresas privadas que en atender las necesidades de la población en vulnerabilidad de manera digna. Tal y como están planteadas, son una nueva forma de violencia que reciben quienes no tienen otra opción que aceptarlas: “me dan una comida que me hace sentir más pobre de lo que soy”.

c) “La culpa es de los pobres”: se refuerzan día a día los mensajes mediáticos sobre cómo quienes viven en pobreza no hacen las cosas como deben. Se acusa y criminaliza a quienes viven en pobreza y en barrios empobrecidos, pidiendo incluso desde Servicios Sociales la intervención del ejército.

Un ejemplo de todo esto. Al comenzar el confinamiento resonó mucho

una cuestión: “¿qué hacemos con las personas sin hogar?”. Ellas, que representan la cara más severa de la exclusión social, no podían decir el famoso “yo me quedo en casa”. Se hizo evidente su presencia por una vez, por un momento. Sin embargo, esto dejó de importar a las pocas semanas en cuanto les metieron en pabellones masificados sin que pudieran poner en práctica el distanciamiento social ni el aislamiento recomendado por las autoridades sanitarias, como si fueran ciudadanos de segunda.

Esto vuelve a poner encima de la mesa que la vivienda no es un capricho, sino un bien de primera necesidad, un derecho fundamental. Una vivienda es un escudo que nos protege frente a, por ejemplo, una pandemia mundial. Al igual que tenemos asimilado que comer o beber agua es necesario para la supervivencia, deberíamos entender que tampoco podemos vivir sin la seguridad y protección que nos da un hogar. Está demostrado que las personas que han pasado un período amplio de su vida en situación de calle tienen una esperanza de vida de unos 30 años menor a la media de la población. Esto indica, por una parte, que los seres humanos no estamos hechos para vivir a la intemperie y, por otra, que seguimos sin estar a la altura de las circunstancias si como sociedad seguimos tolerando esto.

Tenemos mucho que aprender de quienes viven en pobreza en relación a la vivienda, a los ingresos, a la solidaridad, a la dignidad. En relación a la situación actual, de incertidumbre constante frente al futuro, quienes han vivido siempre en la pobreza tienen mucho que decir. Especialmente en relación a cómo organizar los recursos de los que disponemos frente a tantas necesidades que surgen desde todos los ámbitos: “Yo sé lo que es vivir al día, enfrentarme a la nevera vacía”. Son expertos en resistencia y en moverse en contextos de distanciamiento social. Es lo que llevan haciendo toda la vida. Por eso su experiencia, conocimiento y cuestionamiento son clave en estos momentos.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Cómo avanzar en medidas de protección social que afronten las nece-

sidades básicas (vivienda, ingresos, alimentación, etc.) no cubiertas sin caer en el asistencialismo?

2. ¿Cómo avanzar hacia modelos de atención que respeten la autonomía y la dignidad de las personas?

3. ¿Cómo reconstruir la presencia y los vínculos en realidades en las que lo que enferma y mata es el abandono y el distanciamiento?

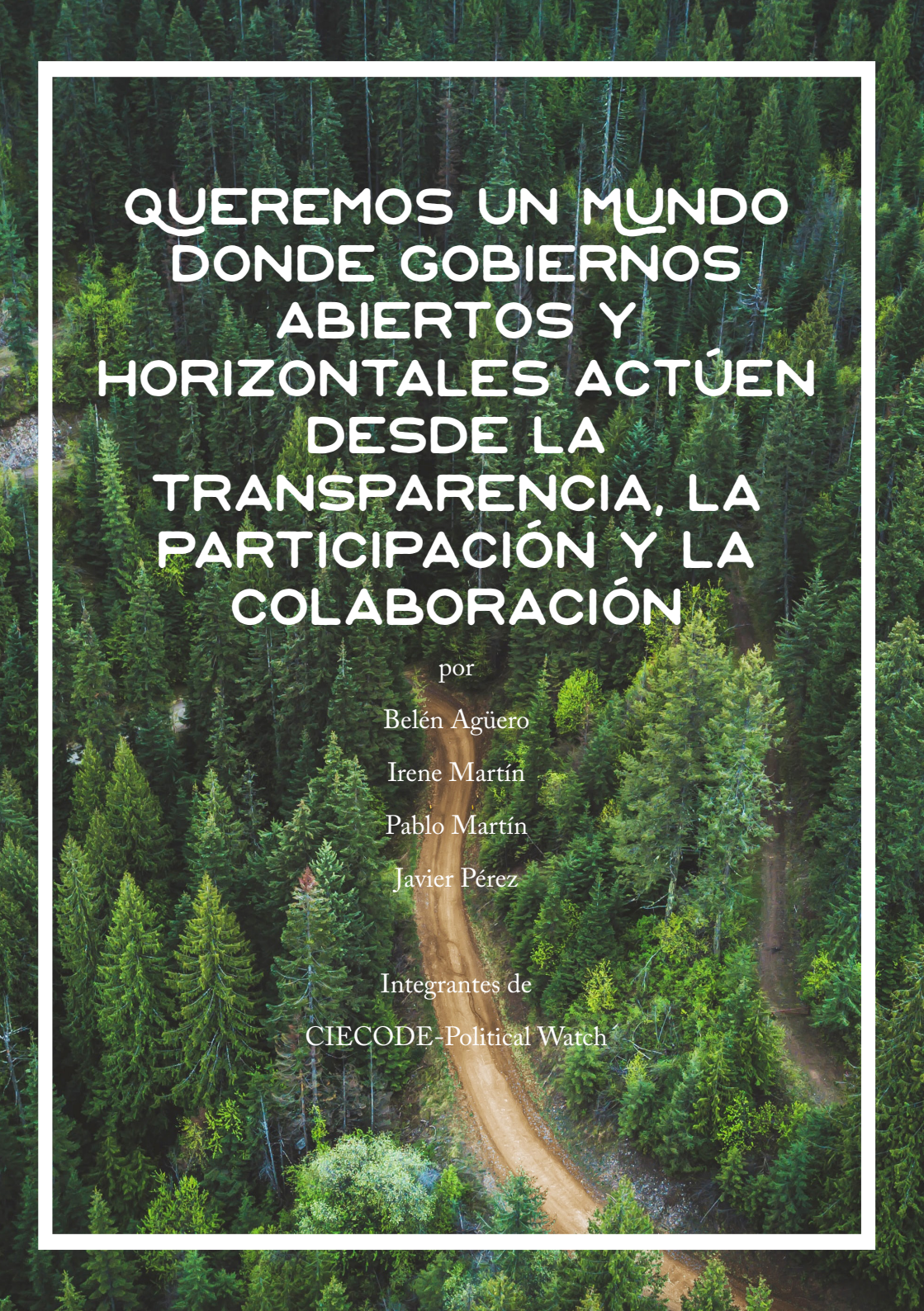
4. ¿Cómo promover que se escuche de las voces de las personas que están en situación de pobreza como algo imprescindible de cara a trabajar con ellas?

5. ¿Cómo establecer las condiciones que permitan dialogar con el saber invisibilizado de quienes viven en pobreza de cara a buscar alternativas que no dejen a nadie atrás?

6. ¿Cómo apoyar las redes y dimensiones colectivas ya existentes en medio de estas realidades para que sean herramienta clave de acción y transformación?







QUEREMOS UN MUNDO DONDE GOBIERNOS ABIERTOS Y HORIZONTALS ACTÚEN DESDE LA TRANSPARENCIA, LA PARTICIPACIÓN Y LA COLABORACIÓN

por

Belén Agüero

Irene Martín

Pablo Martín

Javier Pérez

Integrantes de

CIECODE-Political Watch

Antes de la pandemia:

En los últimos años en España se han producido algunos avances significativos, tanto públicos como particulares, en materia de transparencia, gobierno abierto y participación ciudadana. Podría decirse que estamos evolucionando, lenta pero inexorablemente, desde una 'democracia representativa' tradicional hacia un modelo de 'democracia monitorizada'. Un modelo construido sobre los pilares de la transparencia, la apertura y la rendición de cuentas; y caracterizado por:

- * una ciudadanía vigilante que está alerta ante los fallos del sistema y los abusos del poder;

- * un aumento de los espacios y modalidades de participación, lo que supone que los gobiernos y parlamentos dejan de tener el monopolio en la iniciativa y definición de los procesos políticos; y

- * un entorno digital que favorece la consolidación de diversas formas de organización frente al poder institucionalizado.

La mayoría de estos avances son aún incipientes e imperfectos, lo cual no les resta importancia y utilidad a la hora de plantear posteriores y más ambiciosas metas en el medio y largo plazo. Sirvan de ejemplos las diversas leyes de transparencia, acceso a información y buen gobierno promulgadas en todo el territorio español; el aumento de ayuntamientos con iniciativas de presupuestos participativos en funcionamiento o la eclosión de un vibrante ecosistema de innovación social con manifestaciones en cualquiera de los ámbitos imaginables.

Pero a las carencias, retrasos y errores en los avances señalados, que no se deben minusvalorar, hay que sumar las importantes debilidades estructurales ya existentes en nuestro país en el campo del espacio cívico (con los principales indicadores internacionales señalando que las libertades de asociación y de expre-

sión no están plenamente garantizadas) y en relación con la brecha de confianza y representatividad existente entre ciudadanía y poderes públicos.



Durante la pandemia:

En el corto periodo de tiempo transcurrido desde el inicio de la internacionalización de la pandemia no ha habido margen aún para que se produzcan cambios perceptibles en cuestiones tan sistémicas y poco volátiles como son la transparencia, la participación ciudadana o los modelos de gobernanza pública. Sí se ha puesto en evidencia, sin embargo, el estado real en el que se encontraban estas cuestiones en el inicio de la pandemia y cuál es la relevancia que han adquirido a la luz de su validez y utilidad en la respuesta a las múltiples necesidades (sociales, económicas, afectivas o democráticas) surgidas.

En primer lugar, la necesidad urgente de datos fiables, homogéneos y desagregados relacionados con la incidencia del coronavirus en España ha dejado al descubierto la falta de criterios y estrategias claras de transparencia y datos abiertos en todos los niveles administrativos de nuestro país. Esta falta de infraestructura, menos visible que la sanitaria, sin duda ha debilitado también la capacidad de respuesta temprana y efectiva a la pandemia. La suspensión de los plazos administrativos relacionados con el ejercicio del derecho de acceso a la información de la Administración General del Estado durante el Estado de Alarma no pone sino en evidencia que la garantía de este derecho no está aún incorporada como capa básica y fundamental en el funcionamiento de nuestras administraciones públicas.

Por otro lado, es llamativa la naturalidad y resignación con la que parte de la opinión pública española ha asumido el hecho de que los poderes públicos (desde los gobiernos locales hasta los extranjeros) puedan estar tergiversando, ocultando, cuando no directamente mintiendo acerca de la incidencia de la pandemia en sus territorios en función de sus respectivos intereses estratégicos. Con independencia de la veracidad de estas sospechas, su mera existencia es un reflejo

más del desgaste de la confianza ciudadana en las instituciones públicas y en su capacidad de resolver los problemas de forma eficaz.

Del mismo modo, se ha podido constatar que ninguno de los mecanismos formales de participación o consulta a la sociedad civil existentes se ha activado desde el inicio de la pandemia ni ha servido para complementar, enriquecer o validar las decisiones y políticas que desde las instituciones públicas se han ido diseñando y adoptando para la gestión de la crisis.

En relación con el funcionamiento de las instituciones democráticas, como consecuencia de las medidas de confinamiento derivadas del Estado de Alarma ha caído en nuestro país un mito relacionado con la necesaria presencia física de los representantes políticos en sede parlamentaria para ejercer sus funciones. Las medidas, excepcionales y temporales pero absolutamente inéditas, adoptadas para permitir la participación política por vía telemática abren una brecha por la cual quizá se puedan abrir paso demandas ciudadanas de modalidades de democracia más directa .

Por el lado positivo, las acciones más destacables en la respuesta a la pandemia en nuestro país han surgido de entornos de colaboración. Colaboración internacional, con participación de centros de investigación y empresas españolas, en proyectos para el desarrollo de la vacuna y tratamiento contra el coronavirus . Colaboración en el entorno más humano y cercano, con el resurgimiento y renovación del concepto de vecindad para atender a las personas y colectivos más vulnerables . Y colaboración abierta y multiactor en la innovación tecnológica para dar respuesta a necesidades en material sanitario y hospitalario que el mercado no estaba siendo capaz de proveer.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Debe ser el derecho de acceso a la información reconocido como un derecho fundamental en España como forma de blindarlo constitucionalmente y protegerlo frente a cualquier restricción, especialmente en contextos de excepcio-

alidad social o política?

2. Dadas las evidencias acerca de la capacidad de las iniciativas ciudadanas para dar respuesta rápida y eficaz a algunas de las problemáticas planteadas durante la pandemia, ¿siguen siendo aceptables los estrechos márgenes en los que se mueven los actuales mecanismos y espacios de participación ciudadana si no son dotados de unas garantías mínimas de relevancia, influencia e independencia?

3. Sabiendo que muchos de los colectivos más impactados por las consecuencias de la pandemia se encontraban ya al margen de los mecanismos formales de participación política (ya sea debido a su situación administrativa, a la brecha digital o a otras causas) ¿cómo lograr que no queden también excluidos de los procesos de diseño y decisión de las políticas adoptadas para la salida de la crisis y para garantizar que sus voces sean escuchadas y sus intereses representados?

4. Habiendo caído el mito de la ‘imprescindible presencialidad’ en el ejercicio de la representatividad política, ¿es el momento de avanzar hacia modalidades más directas de funcionamiento democrático, que permitan garantizar además la participación ciudadana en la gestión de problemáticas imprevistas y, por tanto, no incluidas en las propuestas políticas con las que los partidos políticos se sometieron a la votación ciudadana en la cita electoral previa?

5. Si las medidas de distanciamiento social tornan imposibles las actuales modalidades de protesta y manifestación ciudadana en el espacio público, ¿cómo garantizar que las redes sociales y las “ya-no-tan-nuevas tecnologías” se convierten en un espacio idóneo en el que dar voz a la ciudadanía? ¿Qué brechas (digitales, de educación en ciudadanía, seguridad, etc) habrá que salvar para lograrlo?







QUEREMOS UN MUNDO QUE SE SUSTENTE EN UNAS RELACIONES INTERNACIONALES SÓLIDAS, MULTILATERALES Y ORIENTADAS AL BIEN COMÚN

por

Jesús A. Núñez Villaverde

Codirector del Instituto de Estudios
sobre Conflictos y Acción Humanitaria

(IECAH)

Antes de la pandemia:

Antes del estallido de la COVID-19 el escenario internacional ya mostraba claros desajustes. Por un lado, nos enfrentábamos a riesgos, amenazas y retos transnacionales- desde la crisis climática a la proliferación de armas nucleares, sin olvidar a las pandemias, el terrorismo internacional, los flujos descontrolados de población, las crecientes desigualdades...- que necesitan respuestas comunes de largo aliento. Pero, por otro, su gestión seguía dominada por el cortoplacismo y en manos de actores internacionales cada vez más anacrónicos- empezando por la ONU-, incapaces de desarrollar las reformas necesarias para poner en práctica un orden internacional que entienda que no puede haber seguridad sin desarrollo, ni desarrollo sin seguridad y todo ello sobre la base del respeto pleno de los derechos humanos para todos. Además, con el efecto añadido de la crisis sistémica que estalló en 2008, las brechas de desigualdad se han hecho aún más anchas, mientras se seguían desatendiendo las causas estructurales que explican el generalizado malestar e inseguridad de un amplio porcentaje de la población mundial.

Mientras tanto, en el terreno de la acción estatal, Estados Unidos (con Trump) había pasado de centrar su atención en la lucha contra el terrorismo internacional a la competencia entre potencias globales, con China como referencia principal, sin olvidar a Rusia y a una Unión Europea en peligro de irrelevancia. Una competencia que ha potenciado las respuestas securitarias y el aumento del gasto militar mundial, mientras se ha dejado atrás a muchas personas incapaces de satisfacer sus necesidades básicas y garantizar su seguridad. Entretanto, ha recobrado fuerza el ultranacionalismo y el populismo xenófobo, así como el desencanto con un modelo sociopolítico y económico que pone en cuestión el contrato social con las nuevas generaciones.



Durante la pandemia:

Hoy, cuando aún queda lejos la salida de la crisis sanitaria, económica y política en la que nos ha sumido la pandemia, se hace aún más claro que el entramado institucional internacional encargado de gestionar la globalización no está en condiciones (no por falta de capacidades, sino de voluntad política de sus Estados miembros) de responder adecuadamente. A pesar del enorme reto para la humanidad que supone la COVID-19, ni la ONU (cuyo Consejo de Seguridad ni siquiera ha logrado reunirse) ni el G-7 ni el G-20- como tampoco el FMI, la OCDE, el Banco Mundial o la OMC- han logrado ir mucho más allá de meras declaraciones y expresiones de preocupación. La Unión Europea, por su parte, se juega su credibilidad ante sus propios ciudadanos, con el claro riesgo de que se desmorone el proceso de unión política si no logra ser útil para salir de esta crítica situación. Los Estados, por su parte, siguen cayendo en la tentación del “sálvese quien pueda”, como si no estuviera claro que el problema excede las capacidades de cada uno de ellos en solitario y que solo mediante la cooperación internacional será posible paliar los efectos más agudos de la pandemia.

En lugar de una imprescindible respuesta multilateral y multidimensional asistimos a un penoso espectáculo en el que se entremezcla una competencia para imponer un relato exculpatorio- responsabilizando a otros de todos los males- con un descarnado forcejeo por acaparar medios para atender a los propios, aunque sea a costa de condenar a los vecinos.

Nada de eso frena la violencia- más allá del estéril llamamiento del Secretario General de la ONU, del pasado 23 de marzo—sino que, por el contrario, son muchos los gobiernos y los actores violentos de todo signo que están aprovechando la desatención sobre lo que ocurre en muchos rincones del planeta para tomar ventaja. Del mismo modo actúan grupos criminales, tratando de aprovechar la ausencia del Estado para ganar lealtades entre la población más desfavorecida.

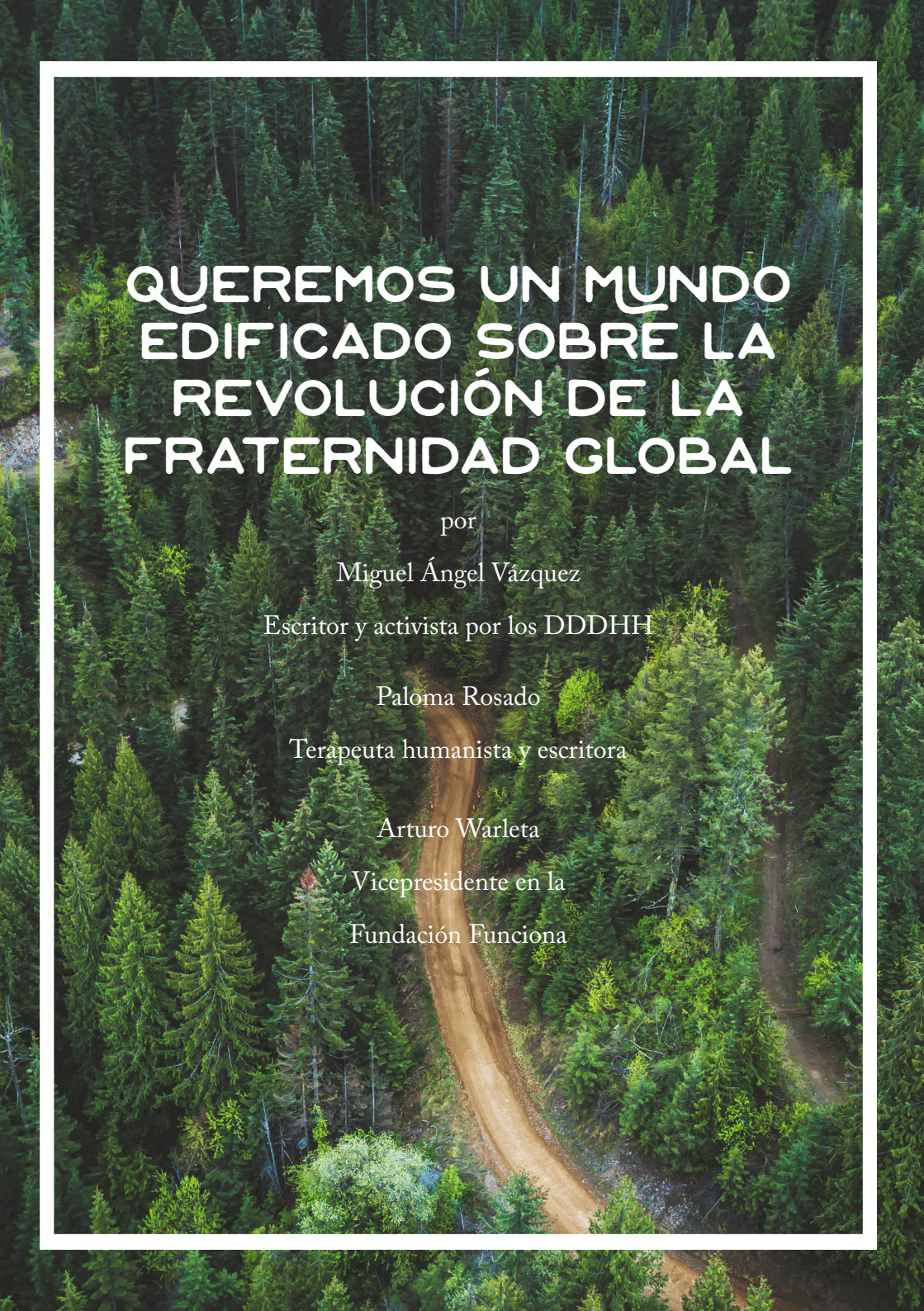
Es cierto que todos navegamos en el mismo mar, pero unos lo hacen en barcos de lujo y otros apenas logran mantenerse a flote en embarcaciones muy precarias. Las consecuencias de la tormenta, por tanto, van a ser muy desiguales.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Es necesaria una Constitución de la Tierra o basta con darle capacidad ejecutiva a la ONU para que pilote la gobernanza global?
2. ¿Volveremos al mismo modelo de economía de mercado y de democracia parlamentaria, a pesar de sus carencias y disfunciones, o hay alguna alternativa realista en el horizonte inmediato?
3. ¿Logrará la sociedad civil organizada empoderarse hasta el punto de poder incidir en los actores políticos y económicos para pensar en términos de seguridad humana?
4. ¿Será posible, aunque solo sea por egoísmo inteligente, salirse del ombliguismo occidental habitual para pensar en los demás, por ejemplo, atendiendo al reto global que supone África?
5. ¿Hay voluntad política suficiente para potenciar los mecanismos de la diplomacia preventiva y de construcción de la paz poniendo la seguridad humana como referencia central de la agenda internacional?



An aerial photograph of a dense evergreen forest, likely a coniferous woodland. A dirt road or path winds through the center of the forest, starting from the bottom and curving upwards. The trees are tall and green, with some bare branches visible. The overall scene is lush and natural.

QUEREMOS UN MUNDO EDIFICADO SOBRE LA REVOLUCIÓN DE LA FRATERNIDAD GLOBAL

por

Miguel Ángel Vázquez

Escritor y activista por los DDDHH

Paloma Rosado

Terapeuta humanista y escritora

Arturo Warleta

Vicepresidente en la

Fundación Funciona

Antes de la pandemia:

Decía José Luis Sampedro que “en el llamado mundo occidental se impulsó ciertamente la libertad, pero a costa de una intolerable desigualdad. En el mundo comunista se implantó a gran escala la igualdad, pero a costa de la libertad. Lo que no se ha intentado en serio por ningún sistema es el fomento de la fraternidad o, al menos, de la solidaridad, a pesar de que la técnica moderna ha reducido el planeta a un solo mundo, pequeño navío moviéndose por el espacio”. Todo apuntaba a que el siglo XXI iba a ser el momento de impulsar ese sistema, aunque no fuera más que por evitar el colapso al que nos lleva lo contrario.

Al inicio del decenio, cuando las primaveras de los distintos movimientos sociales -incluyendo nuestro 15-M- conectaban a gran parte del mundo, la esperanza en que pudiera llegar a cuajar algo parecido a un sistema basado en la fraternidad global desde los pueblos parecía tener sentido. El 15 de octubre de 2011 se convocaba la primera manifestación mundial y prácticamente todos los países la secundaron bajo las mismas consignas. Este reverso inesperado de la crisis de 2008 se traducía en organización de la gente buscando el bien común de manera horizontal y solidaria, una organización que, más tarde, llegaría a gobernar en los Ayuntamientos de Madrid y Barcelona, entre otros.

Sin embargo, el reverso del reverso no tardaría en aparecer y, en pocos años, fuerzas políticas xenófobas de ultraderecha han llegado no solo para hacerse hueco en casi todos los parlamentos, sino para hacerse con el debate público e incluso en algunos países, como Brasil, con el gobierno. Refuerzo de las fronteras nacionales, despertar del nacionalismo más arcaico y miedo al otro traducido en profundo desprecio han llegado para hacerse fuertes sin que haya habido tiempo casi de reaccionar. Temas que eran considerados auténticas líneas rojas hace apenas cinco años como los Derechos Humanos, la lucha contra el machismo o la acogida de personas migrantes vulnerables vuelven a estar en tela de juicio hasta el extremo de tener que argumentar y justificar lo que era más que un consenso social.

Todo esto mientras la amenaza de un colapso climático inminente está sobre nuestras cabezas y la mayor crisis humanitaria desde la II Guerra Mundial, aquella por la que hacemos pasar a los miles de personas migrantes tratando de llegar a nuestras costas, sigue llenando de cadáveres el Mediterráneo.

Decía Gramsci que “el viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y, en ese claroscuro, surgen los monstruos”. Tiempos complejos para hablar de altruismo y vínculo en política; para hablar de fraternidad a escala global; para recuperar el tercer valor de la Revolución Francesa que nos recordaba con clarividencia Sampedro.



Durante la pandemia:

26.070 muertos por coronavirus en España cuando escribimos estas líneas. Más de 265.000 en todo el mundo. Números que hablan de personas que han recibido la muerte en soledad, como en soledad han tenido que despedirles sus familiares y seres queridos. Más allá de las consecuencias que esto pueda tener para la salud mental a corto plazo de un número importante de la población, el coronavirus ha supuesto un brusco impacto con la asunción de nuestra propia vulnerabilidad. Vulnerabilidad como individuos, vulnerabilidad como sociedad y vulnerabilidad como especie. Una vulnerabilidad que nos hace sentir frágiles pero, al mismo tiempo, interdependientes. Nunca como ahora en mucho tiempo habíamos sido tan conscientes de lo que dependemos del otro para nuestra propia supervivencia.

El humus para generar tejido vecinal y comunitario ha estado presente desde el comienzo del confinamiento. En concreto en nuestro país no tardamos ni 24 horas una vez declarado el estado de alarma en salir a nuestros balcones para aplaudir a nuestro personal sanitario. Allí nos encontramos cara a cara con nuestros vecinos y nuestras vecinas y, aunque no tiene sentido generalizar una experiencia tan amplia, en la mayoría de los casos se han generado relaciones de cercanía que previamente eran completamente impensables. Uno de los retos

de la desescalada hacia la nueva normalidad, en lo que a la ciudadanía respecta, consiste en mantener esos lazos y fortalecerlos. Hacer de una experiencia concreta muy intensa el germen de la organización de los cuidados en los barrios.

Sin embargo, al mismo tiempo que esto sucedía, no han sido pocas las campañas que buscaban intencionadamente la división y la ruptura de estos incipientes lazos. Desde unos claros -y lamentables- intereses políticos, se ha enturbiado el ambiente comenzando por las redes sociales y los grupos de whatsapp y continuando por unas instituciones ya desatadas en el virulento barro habitual. Conviven al mismo tiempo y de manera compleja esa sensación de comunidad, de empatía con respecto al vecino, con una polarización cada vez mayor. Las carceroladas convocadas a la misma hora del aplauso sanitario fueron, quizá, una de las gotas que hayan colmado este recientísimo vaso.

Mientras tanto, en el plano internacional, lo que parecía una ocasión única para unir fuerzas y funcionar como un único mundo, lo ha sido para el pillaje y la competición más absurda. A las escenas de piratería moderna para robarse entre países las mascarillas en las propias pistas de los aeropuertos se han sumado los gestos de bajísima solidaridad en el seno de la Unión Europea, la salida de Estados Unidos de la OMS en plena pandemia o la carrera por ver qué país conseguía antes la vacuna para ponerse la medalla. El virus no entendía de fronteras pero los gobiernos ya solo entienden el mundo desde ellas.

No parece un escenario muy halagüeño para que avance ese tercer valor olvidado de la Revolución Francesa como clave para organizarnos a nivel global. Sin embargo, aunque no sea más que como reacción a esta situación y por el miedo a que se repita, puede que no sea un mal momento para exigir una reforma en profundidad de los organismos internacionales que haga que de verdad nos hagan trabajar todos a una cuando la situación así lo requiera.

A la fraternidad la definen el vínculo y el altruismo. No es la igualdad ni es la libertad la que nos vincula a unas personas con otras, por eso es un valor político fundamental. Quizá, si hemos aprendido algo de esto en los balcones y somos capaces de mantenerlo en el tiempo y ponerlo en práctica, logremos exigirlo a nivel mundial cuando toque replantear las organizaciones supranacionales que quieran organizar (y reconstruir) el mundo.



Preguntas para repensar otro mundo posible:

1. ¿Seremos capaces de sacar aprendizajes acerca de nuestra propia vulnerabilidad personal, social y como especie para aplicarlos en la construcción de una nueva normalidad que ponga en el centro la vida?
2. ¿El dolor nos ayudará a revisar nuestros valores, prioridades y proyectos futuros?
3. ¿Empezaremos a vivir como seres con conciencia de mortalidad que se responsabilizan de los valores a los que ponen al servicio su vida? Ante la evidencia apabullante de que todos tenemos un tiempo limitado en este mundo y que no tenemos el control sobre ello, ¿podremos profundizar -individual y colectivamente- en qué construir durante ese tiempo? No siempre elegimos el qué pero siempre, siempre, elegimos el cómo.
4. ¿Seremos capaces de interconectar el dolor personal de esta crisis con las evidencias científicas al respecto del altruismo, la compasión, la cooperación, la bondad amorosa, el agradecimiento...?
5. ¿Es válido un modelo basado en la fraternidad como valor prioritario para organizar una sociedad global e interdependiente? O, dicho de otro modo, ¿es posible organizar una sociedad global e interdependiente que quiera ser justa y sostenible sin tener en cuenta el valor de la fraternidad?
6. Dados los plazos históricos de los cambios reales en las estructuras humanas, ¿debemos insertar la actual coyuntura en el largo proceso iniciado con la Revolución Francesa y sus reivindicaciones aún no logradas en todo el mundo?
7. ¿Podemos establecer un marco legislativo que blinde la fraternidad y los Derechos Humanos como pilar de nuestra sociedad y exija su cumplimiento, como hacemos con la libertad? ¿Sirven como base las estructuras internacionales

o debemos fomentar la creación de otras nuevas fundadas sobre nuevos paradigmas?

8. La difícil experiencia del confinamiento, que ha unido en un sentimiento muy similar a la mayor parte de los habitantes del planeta encerrados en sus hogares al mismo tiempo, ¿puede generar otro tipo de empatías entre distintos pueblos frente a los grandes retos del siglo? ¿Sirve esta experiencia para confirmar que somos capaces, como especie, de responder todos y todas al mismo tiempo? ¿Tendrá uso este aprendizaje frente al colapso climático o las injustas causas de las migraciones forzosas?

9. La experiencia de los balcones, especialmente la de las primeras semanas, ¿será capaz de generar tejido vecinal, social, comunitario frente a la polarización de la convivencia con intereses políticos que buscan las fuerzas ultras?

10. ¿Estaremos a la altura como especie para dialogar, analizar y consensuar decisiones meditadas, frente a intencionados contextos de crispación, miedo y liderazgos dogmáticos y autoritarios?

11. ¿Esta crisis mundial nos permitirá ser más conscientes del legado educativo que estamos ofreciendo a nuestros hijos? ¿Seremos capaces de reconocer la importancia de introducir la fraternidad global en la base de ese proyecto?



Chema Vera · Eloy Sanz · Irene Rubiera · Pepa Moleón · Sani Ladan · Moha Gerehou
Elena Marbán · Sergio Calleja · Alma Guerra · Paloma Linés · Violeta Assiego
Irene Martín · Jesús A. Núñez Villaverde · Arturo Warleta · Paloma Rosado
Daniel García · María Villarta · Javier Pérez · Belén Agüero · Pablo Martín
Lucía Mbomio · Genoveva López · Arturo Angulo · Paz Serra Portilla
Eugenio García-Calderón · Rodrigo Irurzun · Eva Iraizoz

coordinado por: Miguel Ángel Vázquez



**CONSTRUYENDO JUNTOS
UN ESPACIO SEGURO Y JUSTO
PARA QUE LA HUMANIDAD PROSPERE**